



Norah  
Carter

Patrick  
Norton

Monika  
Hoff

¡y tenía que ser  
mi jefe!

*El desenlace*

Libro 4

¡Y tenía que ser mi jefe! 4

El desenlace

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Título: ¡Y tenía que ser mi jefe! 4

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

# Capítulo 1

¿Era feliz?

Lo era al lado de Óscar. Claro que sí. Llevábamos un año de matrimonio y mi vida era envidiable. Habíamos viajado mucho y yo me estaba planteando tener un hijo para reforzar nuestro amor.

¿Pensaba en Peter? Si respondo que *no* a esta pregunta, estaría mintiendo. Más de una vez

pensé en él y mi corazón sufría como aquella primera vez que, en el corazón de Bangkok, me besó e hicimos el amor.

No era nada fácil deshacerse de la noche a la mañana de una personalidad como aquella. Más de una vez, delante del espejo de mi tocador, lamenté el desenlace de los acontecimientos.

¿Me había equivocado con Óscar? El tiempo me aportó las pruebas necesarias para saber con certeza si me había equivocado o no.

Como he escrito antes, llevábamos un año de convivencia y yo había decidido dedicarme a llevar parte de la administración y promoción de los hoteles y casas rurales de la empresa de Óscar.

Era feliz también con aquel trabajo, pues mi marido me daba total libertad para iniciar proyectos y para decidir sobre lo que más nos interesaba en cada momento para obtener la mayor rentabilidad posible a aquellos complejos hoteleros.

Óscar tenía un imperio y el negocio iba viento en popa. Me alegraba de que las cosas salieran bien, pero no es oro todo lo que reluce y aquí viene la respuesta a esa pregunta que formulé hace unas líneas: ¿Me había equivocado con Óscar?

Aquella mañana, después de hacer el amor durante la noche y de desayunar juntos en nuestra cocina de diseño minimalista (paredes blancas y azulejos oscuros que dibujaba mosaicos simétricos), Óscar se fue a la ducha no sin antes tontear conmigo:

—Vente a la ducha, Davinia.

—¿No te cansas, Óscar?

—No. No me canso — dijo sonriendo

—Yo tengo agujetas hasta en el ...

—No seas bruta — me interrumpió Óscar tapándome la boca con la mano.

—Pero es cierto.

—¡Qué tonta te pones a veces!

—Lo sé, pero a ti te encanta — dije yo

—Es verdad. Me encanta que te expreses así. Pero solo de vez en cuando — comentó

riendo con ojos luminosos.

Se marchó hacia el cuarto de baño a darse esa ducha y yo me preparé otro café. Necesitaba sentirme vivificadora, llena de energía, así que encendí mi Nespresso nuevamente y me preparé un Roma. Vivíamos en uno de los mejores apartamentos de la ciudad y, desde el mirador, podía ver el gentío que iba poblando las calles principales. Me sentía poderosa al poder observar desde esa altura envidiable cómo la ciudad despertaba.

Óscar se había dejado el móvil sobre la encimera de la cocina para mi asombro, era difícil que se separase de él. Mientras sorbía mi café y degustaba ese sabor áspero, pues me encantaba tomarlo sin leche y sin azúcar, observé que la luz de aquel teléfono parpadeaba. Óscar solía poner el silenciador, porque lo llamaban continuamente y no quería molestar a nadie con un politono de esos cutres que suele descargar muchos usuarios.

Por curiosidad, quise ver quién era no fuera a ser que se tratara de una llamada importante.

Pero no era una llamada, eran una serie de mensajes que, al leerlos, me destrozaron por completo.

La taza de café resbaló entre mis manos y cayó al suelo partiéndose en mil pedazos. No daba crédito a lo que estaba leyendo. Podía escuchar el ruido del agua de la ducha y la voz cantarina de Óscar.

Menudo cabrón estaba hecho.

Volví a leer los mensajes, pues pensé que podía tratarse de la broma de algún amigo. Pero no fue así.

***“Estoy deseando verte de nuevo. Me encantará hacerte todo eso que tanto te gusta”***

***“Cómo me pones, Óscar. El hecho de escribir tu nombre me excita tanto que al final acabo tocándome”***

***“Tú y yo estamos condenadamente enamorados, aunque no lo quieras reconocer. Me has dado los dos mejores meses de mi vida. Un beso. Te espero aquí. Muérdeme cuanto antes”***

Volvía a estar en un pozo.

El hombre por el que había apostado, a sabiendas de que Peter me amaba profundamente, me estaba engañando con una que la tenía registrada en el móvil como Als. El corazón empezó a palpitarme deprisa, muy deprisa.

Creía que en cualquier momento me iba a dar un infarto. La vista se me nublaba y la feliz estampa de las calles llenas de gente se volvió turbia y espantosa. Me ahogaba en aquella casa que compartíamos.

Mi vida con ese hombre era un engaño, un tremendo engaño. Óscar me había utilizado como había hecho bajo las órdenes de Peter en su momento y como había hecho también el Sr. Evans para proteger a su empresa.

Ahora me percataba de que había sido una estúpida al confiar en ese hombre, al dejarme embaucar por su cortesía, su caballerosidad y esos ramos de flores con lo que quería demostrar que estaba enamorado de mí.

¡Qué triste y qué gris se había vuelto todo otra vez!

No tardo Óscar en salir con su traje de chaqueta y pantalón, un traje de los muchos que tenía y que le sentaban como un guante. Al ver mi rostro, se encogió. Al ver mi rostro, aquel energúmeno se percató enseguida de que yo sabía algo de su romance con la tal Als. No esperé a que hablara. Le lancé el móvil con todas mis fuerzas.

Óscar logró esquivarlo con un acto reflejo, pero el teléfono dio contra la pared y el dispositivo se desintegró literalmente.

—Pero, ¿qué haces, loca?

—¿Qué hago? —dije con voz enérgica.

—Sí, ¿qué haces? ¿A qué viene eso?

—¿Quién es Als? — pregunté con los brazos cruzados por debajo de mis senos y con un tono firme.

—No sé de qué me hablas, Davinia, y no sé quién es esa tal Als— contestó cínicamente.

—¿No lo sabes, Óscar? ¿De verdad que no lo sabes? — pregunté yo rabiosa al mismo tiempo que dolida.

—¡No sé de qué me hablas, Davinia! —repitió.

—Yo te lo contaré. Acabas de recibir varios mensajes de una tal Als suplicándote que te la folles cuanto antes. Que están siendo los dos mejores meses de su vida — le expliqué con un tono recriminatorio.

—Estás alucinada. No inventes, Davinia.

—¿Te atreves a insinuar que he perdido la cabeza? ¿Estás insinuando eso? — pregunté envalentonada dándole la espalda.

Óscar calló durante unos segundos y noté que me estrechaba entre sus brazos, pero mi reacción fue instintiva, lo empujé y lo aparté rápidamente.

—¿No es una broma, verdad?

—No. No lo es. No puedo mentirte, Davinia.

—Pero, ¿cómo se puede ser tan cerdo? — le recriminé con dureza.

—Quería explicártelo, pero no encontraba el momento — respondió cínicamente como si no le importaran mis sentimientos.

—¿Sabes que dejé a Peter por ti? ¿Sabes que sacrifiqué mi trabajo por ti, Óscar?

—Eso es lo que pasa, eso es lo que pasa — repitió él apartándose de mí.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que todavía piensas en Peter, Davinia.

—¿Estás bromeando, verdad? — dije yo asombrada por las palabras de mi marido.

—No estoy bromeando. Cada vez que hacemos el amor, siento que es Peter al que amas. Lo veo en tus ojos — dijo fingiendo el papel de hombre despechado.

—No me jodas. Ahora soy yo la culpable de que te estés follando a otra mujer. Moría por ti, Óscar. Que te quede claro, moría por ti. Y lo di todo por ti. Ahora me vienes con que yo estoy pensando en Peter. ¡Qué golpe más bajo! — dije indignada.

Pude ver la reacción de mi marido en su forma de mirarme. Rehuía de mis ojos. La sinceridad ya no existía. Parecía que yo le hubiese aliviado al haber leído aquellos mensajes.

El hecho de que yo supiera que estaba acostándose con otra mujer parecía haberle dado la excusa perfecta para recriminarme mi afecto hacia Peter al que no volví a ver en todo este tiempo.

Óscar era un cerdo. Verdaderamente lo era. Con sangre fría, Óscar se preparó un café delante de mí, como si no le importase que yo sufriera. No esperé a que se tomara el primer sorbo. Le lancé un manotazo y esa taza también cayó al suelo y se rompió como se había roto para siempre nuestra relación.

Pese a mostrarme valiente y fuerte contra aquel traidor, mis piernas temblaban y mi corazón latía muy deprisa. La ansiedad no me perdonaba y yo estaba decidida a marcharme.

—Me voy, Óscar.

—Creo que será lo mejor para los dos —dijo él en un tono seco y sin vida.

—No me puedo creer que esto esté pasando. Yo te amaba. Y te amaba de verdad.

—Lo pongo en duda. Creo que la sombra de Peter estaba entre nosotros — volvió a decir cínicamente.

—Te apoyas en Peter para desacreditarme, para lavar tu conciencia, cerdo asqueroso — dije con ira.

—¿A qué te refieres?

—¿Y aún lo preguntas, Óscar?

—No vamos a ningún sitio así, Davinia.

—Lo sé. Pero quiero que me escuches.

—Esto es absurdo.

—Me has dejado tú, Óscar. Me has tratado como a una mierda. Llevas dos meses follando con esa chica y ahora quieres convencerme de que yo soy la culpable y tú eres la víctima.

—No se trata de eso, Davinia. Entérate de una vez.

—No me vengas con actitudes autoritarias. No te lo voy a consentir. Me has engañado. Me has arruinado la vida.

—No te creí nunca. No creí nunca que me amases de verdad. Pienso que te di pena y, por eso, te casaste conmigo — dijo con descaro.



—Sí, es cierto. Me das pena. Te has convertido en una sabandija. Hay que ser sinvergüenza para decir eso con todo lo que dejé y con lo que me he sacrificado — dije resentida.

— No te puedes poner en mi lugar, Davinia. Yo sé perfectamente que a mí nunca me quisiste.

—Eres un traidor, Óscar. Me voy de aquí. Me voy ya. Quédate en esta jodida casa.

—No hace falta que lo hagas hoy, ¿sabes? — dijo con una voz serena, como si todo lo tuviese más que ensayado.

—Eres un malnacido — proferí con odio.

—No hace falta que te pongas así. Asúmelo. Asúmelo de la misma forma que yo he asumido que lo nuestro no iba a ningún sitio, Davinia.

—Eres un cabrón. ¿No te das cuenta de que me has roto el corazón y de que me has tirado como una colilla? Yo creía en una vida juntos. Creía que podíamos hacer de nuestra existencia un verdadero cuento de hadas. Estábamos genial — dije yo argumentando inútilmente.

—Ya has visto que no. No podemos seguir juntos. Me habría gustado decírtelo de otro modo.

—¿Con flores? ¿Me lo habrías dicho con flores, verdad? — pregunté yo con una ironía hiriente.

—No voy a hablar más del tema. Yo he encontrado a una persona con la que estoy bien. Tú también la encontrarás, Davinia —dijo él dándome la espalda y volviendo a nuestro cuarto, que ya dejaba de ser “nuestro”.

Me habría encantado haberle dicho mucho más, pero no iba a servir de nada. Aquella mañana había descubierto que Óscar era el típico tío que utiliza a las mujeres como si se trataran de un objeto. Yo tenía fecha de caducidad como lo habían tenido muchas de sus anteriores relaciones.

Era terrible darme cuenta de una cosa así. Yo era un objeto, un mero objeto, un electrodoméstico que había dejado de funcionar, un coche bonito que había que cambiar porque un majadero como Óscar se había cansado de conducirlo, porque se había encaprichado de otro nuevo, más potente quizá, que había salido anoche en un anuncio de televisión.

Esperé a que se marchara. Escuché el portazo seco tras unos pasos silenciosos y fríos, un reguero de campanadas sordas que morían al final del pasillo.

Me paré a pensar y miré por la ventana. El mundo seguía girando. Yo era una tonta, otra tonta, alguien a quien un hombre había despreciado por un mero deseo que en breve desaparecía para mutar por otro. Porque, visto lo visto, esa tal Als tendría también su fecha de caducidad. Tristemente sería así, si acabas al lado de un tipo como Óscar.

Cogí lo imprescindible y volví a mirar a la calle. No parpadeaba. Estaba absorbida por el incidente, un incidente que había cambiado mi vida. Me senté en la mesa de la cocina con un bolígrafo y una cuartilla. Me puse a escribir. Quería dejarle claro a Óscar cómo me sentía:

“He visto odio en lo que has hecho. He visto la frialdad de alguien que es capaz de manipular a su antojo sin que importen los sentimientos. Estoy sucia, porque me has tocado, me has besado.

Has contaminado mi cuerpo con tu falta de escrúpulos. Me has utilizado. Pero yo sé que a ti te da igual, porque no hay otra cosa en ti que el logro y el dinero. Y yo he sido un logro más al que has comprado, yo creía que nuestra relación se basaba en la sinceridad y en unos sentimientos llenos de pureza y lealtad ...”.

No quise seguir escribiendo. Rasgué el papel y me fui. No le iba a dar ese placer, el placer de leer que yo estaba realmente hundida. Lo mejor ahora mismo era desaparecer de allí. Días después recogería toda mi ropa e intentaría no encontrármelo cara a cara.

Y, pese al trauma de lo que había vivido, sentí una especie de alivio, porque, en el fondo de mi ser, un nombre surgía una y otra vez, y ese nombre era Peter, Peter, ...

Quizá, pese a la putada de Óscar, a aquel imbécil no le faltaba razón. Y, aunque yo sentía un afecto inmenso por la persona que me había dejado, quizá no estaba plenamente enamorada.

¿Por qué?

No se olvida con facilidad. La memoria es una impostora y, cuando menos te lo esperas, aparece ese recuerdo que trastoca todo: una vivencia, una persona, una ausencia... y estaba claro que yo había conseguido deshacerme de la influencia de Peter, pero su sombra seguía en mí, su huella, su rastro, el eco de su voz.

Maldita sea. Sí. Maldita sea.

¿Por qué?

Porque somos humanos, porque yo no era como Óscar, que cambiaba de mujeres como quien cambia de coche o de camisa. Yo no era de esas tías que, con facilidad, borran de su cabeza su pasado y piensan que van a ser eternamente jóvenes, que tienen derecho a romper con quien les dé la gana con tal de satisfacer sus propios intereses y sus propios instintos. Había conocido a alguna de esas mujeres, a una tal Alexia, por ejemplo. Y ahora Óscar había decidido que yo era un lastre para su nueva ilusión.

Cogí el metro. La gente no me miraba. No me había maquillado. Agachaba la cabeza a quien se atrevía a fijar sus ojos en mí. Temblaba y respiraba hondo para paliar los efectos que la ansiedad estaba causando en mí. No sería fácil borrar todo.

La cuestión era que Peter estaba aún en mi cabeza y ahora yo volvía a estar sola y seguramente lejos para siempre de las dos personas más importantes de mi vida.

¿Adónde me llevaba la vida ahora? ¿Adónde?

Pensé en la casa de mis padres por ahora. Necesitaba un abrazo y sentarme a la mesa con ellos. Es lo que yo necesitaba. Estaba harta de escapar a lugares como esos paraísos a los que me habían llevado estos manipuladores. Estaba harta también de refugiarme en mi casa escuchando música, comprobando cómo se iba pudriendo la comida de los restaurantes chinos.

Me detuve en una calle. Era la calle de mi infancia. La fachada de la casa era azul, la única fachada azul que se distinguía del resto de casas curiosamente. Era la calle donde jugaba siendo una niña. Era una niña demasiado alta y larguirucha para mis nueve años. Me llamaban “La larga” y yo me reía cada vez que me lo decían. ¡Cuántos recuerdos!

Toqué el timbre y mi padre fue el que abrió. No hizo falta que dijera nada. Leyó en mis ojos que lo estaba pasando fatal. Pasé con mi maleta como cuando venía los fines de semana de la universidad.

Mi madre salía con las manos mojadas. Estaría fregando algún cacharro. Lloré sobre su regazo sin que yo le dijera nada. Mi padre se retiró, pero advertí que sus ojos grandes estaban vidriosos.

—¿Qué ha pasado, Davinia?

—Un desastre, madre.

—¿Qué? Dime —me pidió que le explicara con ese tono dulce y sereno que solamente las madres saben utilizar.

—Óscar me ha dejado por otra mujer.

—No me lo puedo creer. Hombres... — susurró con un tono despectivo.

—Estoy acabada —dije yo sollozando.

—No estás acabada. Son cosas que pasan. Cosas que pasan — dijo mi madre dándome un fuerte abrazo.

—Lo lamento, mamá.

—Davinia, no seas estúpida. No tienes que pedir perdón.

—Me siento una fracasada. Siento que os he fallado.

—No nos has fallado, Davinia.

Mi padre se acercó al instante y también me abrazó.

—Pobre hija, no te preocupes. Todo va a salir muy bien. Quédate tranquila.

—No puedo. Tengo miedo.

—¿A qué tienes miedo? — preguntó mi padre con el corazón encogido.

—Al futuro, papá. Al futuro.

## Capítulo 2

Había pasado una noche horrible, me levanté varias veces, cuando escuché a mi madre en la cocina preparando el desayuno baje inmediatamente.

—Buenos días, preciosa — dijo mientras me abrazaba con mucho amor, de esos que solo una madre puede transmitir.

—Muero por un buen café, la noche ha sido horrible.

—Me lo imagino, en alguna ocasión hasta te sentí, pero no quise ir a molestarte.

—Necesito poner en blanco un buen rato la mente, pero me es imposible, me vienen demasiados recuerdos de golpe.

—Es normal, es todo muy reciente, ahora te costará un buen tiempo levantar cabeza pero no te quepa la más mínima duda, de que lo harás — dijo mientras ponía mi plato con el café y dos tostadas sobre la mesa.

—Valiente cerdo mi marido...

—No deberías ni nombrarlo, hija, él no te merece.

—No quiero ni verlo, que se encarguen de todo los abogados, solo le pediré una cantidad de dinero y que se quede todo él, no quiero absolutamente nada pero tampoco me voy a ir con las manos vacías pues perdí mi trabajo y todo por él.

—Haces bien, que se encarguen de todo ellos y tú intenta relajarte lo máximo posible, aunque pienses que es difícil en algún momento lo conseguirás.

—Cuánto echaba de menos tu café, y eso que me encanta el de la máquina de espresso, pero como tú lo haces, no lo hacen en ningún sitio.

—Pues no te preocupes que todas las mañanas te esperará un café con mucho amor.

—Gracias mamá — dije con voz cabizbaja mientras continuaba desayunando.

—Anima esa cara que estás muy bonita.

—Estoy fatal, tengo unas ojeras impresionantes.

—Tienes que salir y que te dé el aire, comenzar a coger una rutina con algo, empezar a olvidarte ya de ese hombre que no merece la pena.

Cuánta razón tenía mi madre, pero qué difícil era aquella situación, termine de desayunar y me fui a mi habitación, aún la conservaban mis padres intacta, decían que siempre sería mía y que se espacio nunca lo tocarían.

Encendí el portátil y entré a Facebook, quise mirar el perfil de Óscar y me di cuenta de que me había bloqueado, ¡ Qué cabrón ! Le había faltado tiempo para hacerlo, seguramente ya tendría alguna foto colgada con ella, era evidente que no tenía escrúpulos, qué ingenua fui al creerme todo lo que él me había prometido.

Peter seguía estando entre mis contactos, pero desde que me casé con Óscar jamás puso nada en su muro, parecía que no tuviese actividad en su perfil, seguramente estaría ya con alguna mujer en serio o de flor en flor, al fin y al cabo quizás también sería igual que Óscar, prometer y prometer para luego hacer lo que le saliesen de los huevos.

Me dieron ganas de saludar a las chicas del grupo de literatura, pero me lo pensé mil veces ya que empezarían a darme sus consejos y me volverían loca, aunque lo harían con todo el cariño con el que siempre lo habían tratado el tema, Tea hubiese puesto a Óscar de todo menos de bonito, solo de pensarlo me entró una pequeña risa.

Me tire un rato postrada en la cama, puse el portátil abierto en la mesita de noche, busque un documental sobre la NASA y me puse a ver un poco sobre ello, necesitaba centrarme por un rato en otro tema que no fuese el de mi separación, solo pensar en empezar de nuevo me tiraba por los suelos.

Un rato después llamé a mi abogado, le explique todo y me dijo que no me preocupase que entablaría conversación con él, le dejé bien claro que no quería absolutamente nada y eso que podía reclamar ya que dos de sus buenas propiedades estaban puestas a mi nombre también, se lo cedería todo, solo quería que me diese 100.000 € y asunto resuelto, no era nada desorbitado para lo que me podía llevar por esas propiedades, así que él lo haría encantado y hasta agradecido de que no lo haya desplumado, mi abogado intento hacerme entrar en razón para que obtuviese más beneficios, pero me negué rotundamente le dije que eso era ya suficiente para subsanar la pérdida del puesto de trabajo y del tiempo a su lado.

Cuando colgué el teléfono sentí un alivio, la había dejado bien claro que solo me avisas y cuando fuese yo a firmar ese acuerdo, que no me comentaste más nada, que quería ir solo a tiro hecho, estaba loca por desvincularme de aquella situación.

Durante la comida les comenté a mis padres lo que había hablado con el abogado y les pareció perfecto, lo que yo decidiese para ellos estaba bien.

Volví a la habitación, tenía ganas de pasar el día tirada en la cama, puse de fondo a Sergio Dalma, me quedé dormida mientras lo escuchaba, a la vez que me pasaba por la mente todos los momentos desde que llegué por primera vez el diario, un montón de sensaciones volvían a recorrer mi cuerpo.

Intenté dormir lo antes posible ya que esa noche cené algo rápido y tenía ganas de volver a cerrar los ojos.

Por la mañana me desperté dispuesta a que ese día me diese el aire, tras desayunar con mi madre, me despedí de ella y le dije que me iba un rato a ver a unos amigos.

Después de una semana encerrada, me apetecía que me diese el aire.

Mi madre, la pobre, lo vio como una buena opción ya que estaba sufriendo al verme de esa manera. Los padres sufren mucho por sus hijos, mucho. Y, durante esos días, mi madre, por ejemplo, había tratado de hablarme de mil cosas que no tenían nada que ver con mi ruptura con Óscar.

Mi padre se había limitado a hacer los recados y a sentarse a mi lado a ver la televisión. De vez en cuando me preguntaba si había pensado continuar con nuevos estudios o cursos de formación. Yo sabía que él trataba de alejarme de oscuros pensamientos, pensamientos sombríos que tuvieran a Óscar como motivo.

Puse un WhatsApp a Manuel. Le dije que tenía ganas de verlos y que los esperaba a la salida del trabajo para tomar unas tapas con ellos.

Me respondió de seguida que “por supuesto”. Sinceramente me apetecía mucho hacerlo. Hacía unos meses que no los veía y habían sido una parte muy importante en aquellos momentos tan difíciles para mí en el Diario Sol.

Fui hasta el bar que quedaba en la parte de atrás del edificio del periódico. Me senté en la terraza y, de repente, aparecieron mis chicos. Vinieron a darme un gran abrazo antes de sentarnos. Se les veía felices ya que era viernes y no tenían que trabajar hasta el lunes, pero pronto se percataron de mi cara de tristeza.

—¿Te pasa algo, Davinia? — preguntó preocupado Manuel.

—Dejé a Óscar...

—¿Que te hizo ese hombre? — preguntó Natalia.

—Descubrí que llevaba dos meses liado con otra chica — dije mientras comenzaba a llorar de nuevo.

—¡Hijo de perra! — gritó Desirée.

—Dios mío, parecía que era tan buena persona y que te quería tanto. No sabes la decepción que me llevo. No sé cómo se puede hacer algo así — dijo Manuel enfadado, mientras negaba con la cabeza.

—¡Es un cerdo! — después de la pedazo de oportunidad que le diste.

—Parece ser que el amor no está hecho para mí —dije con resignación y todavía sollozando.

—No digas eso, seguro que la vida te tiene preparado algo muy bonito — respondió Manuel mientras me agarraba mis manos.

—Joder, mira quién viene por allí, el jefe — dijo Natalia.

Me quedé muerta. No esperaba verle aparecer un viernes por este lugar ya que siempre solía salir pitando hasta el lunes. Comprobé que me miraba extrañado. No esperaba verme sentada con los chicos y vino directo a saludarme.

—Hola, Davinia, qué sorpresa verte por aquí — dijo mientras me daba dos besos.

—Hola, Peter. ¿Qué tal estás?

—Bien gracias, ¿y tú qué tal? — preguntó con una voz tan dulce y un semblante muy distinto al que me tenía acostumbrada.

Parecía otro hombre, transmitía una paz especial. Era un hombre distinto y me emocioné al verlo. Seguía conservando esos rasgos naturales que lo hacían tan guapo. Su elegancia y su voz tersa a la hora de dirigirse a mí no habían cambiado.



Tuve la misma sensación de aquel primer momento en que nos conocimos, cuando entré a su despacho y me quedé prendada de él.

Ahora que lo tenía delante, lamentaba que las cosas hubiesen salido de la forma en que salieron. Lo había lamentado muchas veces durante mi convivencia con Óscar, cuando me quedaba a solas.

Hay decisiones en la vida que debes tomar, aunque te equivoques, aunque sepas que no estás haciendo lo correcto, pero lo que nunca esperé fue la traición de Óscar. Jamás. No es la primera vez que alguien no se casa con el amor de su vida y la pareja vive feliz hasta el final de sus días.

Tuvo que darse cuenta de que las cosas por mi vida no iban nada bien, que algo había sucedido en mi convivencia para que ahora estuviera allí con mis antiguos compañeros de trabajo, a los que no había visto en mucho tiempo, confesando mi fracaso, mi estrepitoso fracaso amoroso.

—Bueno, no tan bien como quisiera... —dije yo triste.

—¿Pasa algo? ¿Como está Óscar? — pregunto preocupado a la vez que pedía una copa de vino al camarero y pedía permiso para sentarse con nosotros.

—No sé cómo está y tampoco me importa mucho, pero no ha de estar muy mal cuando ya está con otra desde hace tiempo, y yo por supuesto me enteré hace una semana..

No sé por qué fui tan sincera con Peter. No sé por qué no fui prudente y evité darle explicaciones a un tipo que, pese a su arrepentimiento y su voluntad de amarme, también me había hecho sufrir mucho. Yo creo que fue la necesidad de mostrarme ante él como una persona nueva, pero también vulnerable.

—No me lo puedo creer, Davinia. Me sabe muy mal que tengas que pasar por esto. Estaba convencido de que ya eras completamente feliz y eso me tranquilizaba — dijo apesadumbrado.

Yo sabía que mentía detrás de aquellas palabras. No le tranquilizaba que yo fuese feliz a no ser que hubiera rehecho su vida sentimental y Davinia se hubiese convertido en un recuerdo bonito, pero efímero.

—No te preocupes, Peter. Me fui a casa de mis padres y no puedo estar mejor rodeada que con ellos.

—No me lo puedo creer. No te mereces algo así. No te lo mereces.

—Ya, pero no he podido hacer nada. La vida es así de complicada. Y he tenido muy mala suerte con los hombres — dije yo un poco más animada.

—Suena a frase de película, Davinia.

—Ya, pero, ¿qué otra cosa puedo decir?

—Sabes que yo no actúe bien. Lo sabes y me arrepiento mucho de lo que hice.

—No hablemos de eso ahora, por favor.

A mis compañeros de trabajo solamente les faltaba la bolsa de palomitas. Estaban atendiendo a nuestra conversación con ojos como platos. Y debo decir sinceramente que Peter volvía a ser ese tipo encantador del que una vez me enamoré perdidamente.

—En eso tienes razón. No hablemos de eso ahora. No hace falta que te lo repita, si necesitas trabajar, tienes abiertas las puertas del diario y te prometo que no volveré a acosarte. No me porté nada bien contigo — dije intentando bromear.

—Te tomo la palabra si lo necesito — dije echando una leve sonrisa.

—Me gustaría hablar contigo si tienes tiempo, Davinia.

—He quedado con mis amigos. Los echaba de menos, ¿sabes? Fueron semanas muy intensas a su lado — dije yo esbozando una sonrisa.

—Me lo imagino. Aún lo recuerdo y a veces me entran ganas de reír y otras veces me pongo muy triste por todo lo que pasó. Fui un estúpido.

—No digas eso ahora, por favor.

En esos momentos, mis amigos se despidieron de mí de forma sincronizada. Entendieron que era momento de que Peter y yo hablásemos. Me daba pena porque quería saber de la vida de ellos, pero algo vieron entre Peter y yo que decidieron marcharse rápidamente, como quien no desea romper un

momento de encantamiento.

Debo confesar que estaba un poco avergonzada. Que tenía miedo a mostrarme como una mujer derrotada, que había fracasado con la relación por la que yo había apostado. No quería pensar ni por un momento que Peter viera mi ruptura como una victoria particular en su turbia vida sentimental.

No. No quería eso. Pero me daba miedo que lo pensara, que viera en mí a una persona a la que podría manipular nuevamente.

Vi que mis amigos se marchaban cotilleando, una conducta a la que jamás iban a renunciar, porque eran adictos al cotilleo. Era comprensible aquella actitud. Ciertamente, aquel departamento les había dado historias de sobra para criticar y cotillear largo y tendido, porque, durante mi estancia, se había montado cada escena digna de *Lo que el viento se llevó* o *La guerra de los Roses*.

—Tienes grandes amigos, Davinia.

—Y tú tienes un gran equipo. No puedes prescindir de ellos, Peter.

—No lo voy a hacer jamás. Son fantásticos y las cifras lo corroboran cada mes — comentó él relajado y con seriedad.

—Manuel es un tipo muy leal a su trabajo y con una gran experiencia. Aprecia mucho al periódico y solo sabe decir maravillas de vuestra empresa.

– Sé que lo hace.

De repente, se hizo un silencio entre los dos. Pasó un ángel. Aquel silencio revelaba, por un lado, que los dos estábamos muy cortados, pero, por otro lado, revelaba que teníamos muchas cosas que decirnos. Hacía un día precioso y era una pena que lo desaprovechásemos para al final no conversar.

No sé qué pretendía Peter, pero tampoco sé qué pretendía yo al quedarme allí sentada junto a él, mirándolo con una nostalgia que se estaba convirtiendo en admiración y en un sentimiento de afecto que se parecía al que experimenté en nuestro viaje a Tailandia.

Pero no debía pensar en eso. No debía caer en la misma trampa.

Peter me dijo que pediría una parrillada y que aprovecharíamos, si no me importaba para comer.

Accedí encantada ya que había pasado mucho tiempo y tenía ganas de enterrar el hacha de guerra. Además tuvo un detalle muy bonito al enviarme esa carta cuando me casé.

—Davinia, te prometo que me duele mucho lo que te está sucediendo. Para cualquier cosa que necesites quiero que sepas que puedes contar conmigo. No pienses nada extraño. Me siento culpable de lo que te está pasando ahora. Por mi culpa, conociste a Óscar. Pero estaré aquí para lo que necesites.

—No pienses en ello, Peter, lo pasado, pasado está. Lo perdoné en aquellos momentos como también te perdoné a ti.

—Lo sé. Pero eso no significa que yo no sea responsable del giro que ha dado tu vida.

—No voy a decirte que no. No voy a negar que tú influiste en mi decisión para bien y para mal. Pero también soy yo la que debe asumir que fui yo quien elegí.

— Solo quiero que seas feliz.

—No lo soy, Peter. A veces pienso que la felicidad no existe —dije yo mirando al vacío.

—No digas eso — me interrumpió Peter.

—Al menos no existe la felicidad completa.

—Yo creo que sí, Davinia.

—Desengáñate. ¿O no te acuerdas de Alexia? Dime.

—No seas cruel en estos momentos. Carpe diem. Disfrutemos de este instante — las palabras de Peter eran palabras de dolor.

—No quiero ser cruel. Pero me he dado cuenta de una cosa, ¿sabes?

—Quiero saberlo, Davinia.

—Creo que la gente no es feliz nunca, pero intenta aceptar que su vida es la que ha elegido.

—¿Crees que las personas mienten?—preguntó Peter extrañado.

—No. No es eso. Se mienten a sí mismas para ser felices. Como hicimos nosotros.

—Es muy duro lo que dices. No lo comparto, Davinia.

—Acuérdate de todo lo que tramaste para salvar a tu empresa. Acuérdate de todo lo que hizo Alexia para volver a tu lado. ¿Quieres que siga, Peter?

—No, no sigas, por favor — dijo como acorralado.

—Me refiero que nunca seremos felices del todo. Es triste y duro, pero yo siento que, hasta ahora, mi vida ha sido así.

—Le das muchas vueltas a la cabeza, Davinia.

—No lo he tenido fácil. Óscar y tú me habéis hecho una mujer más reflexiva y más madura.

—Y más borde —bromeó.

—¿Por qué dices eso?

—Me lo hiciste pasar canutas —dijo Peter con tono de desenfado.

—Tenía que defenderme. Ni Alexia ni tú me dabais tregua.

—Ya te he dicho que estoy muy arrepentido de eso, Davinia.

—Pero, ¿qué es arrepentirse?

—Te refieres a que no soluciona nada, ¿verdad? — añadió él con seriedad.

—Exacto. A eso me refiero. A que no soluciona nada. No podemos volver a atrás, Peter. No podemos. Con arrepentirnos, no vamos a conseguir nada — dije yo sorbiendo de una copa de vino que me acababan de servir.

—Pero, con el arrepentimiento se puede empezar de nuevo, Davinia.

—Siempre que la otra persona quiera.

—¿Y tú ahora en qué situación estás? Perdóname por si te parezco imprudente.

—Relájate, Peter, no me gusta que seas tan encorsetado a la hora de hablar de sentimientos.

—No es fácil para mí hablar de sentimientos, Davinia.

—Claro, porque eres un triunfador.

—No. No se trata de eso. En casa mi educación fue rígida y me enseñaron la típica educación machista — dijo con aire infantil.

—Ya, imagino. Los hombres no lloran, los hombres no deben mostrarse débiles, etcétera, ¿verdad?

—Sí, a eso me refiero, Davinia. Me cuesta mucho hablar de lo que siento. Tú fuiste la primera persona que hizo que cambiara todo eso — dijo sonriendo.

—Me alegro.

—Pero, volviendo al tema, ¿cómo te encuentras tú?

—Peter, estoy jodida, desquiciada. No levanto cabeza desde que me enteré de la traición de Óscar. Por esa razón, ...

—Por esa razón, no quieres hablar del futuro, ni de ser feliz, ni de nada parecido.

—Exacto. Veo que lo pillas — dije con sorna.

—Pero no se puede vivir así — intervino con intención de hacerme cambiar de opinión.

—Yo vivo. No lo ves. Jodida, pero vivo —dije envalentonada.

—Me cuesta mucho reconocerte en esas palabras, Davinia.

—No soy una niña, Peter. Y he recibido muchos reveses en muy poco tiempo.

—Vuelves a responsabilizarme — dijo Peter dolido.

—No te creas el protagonista de mi vida. No sólo has sido tú, sino también Óscar, Alexia, mi experiencia trabajando en los periódicos.

—No me vale eso. No me eximas de la responsabilidad de tu situación, por favor, Davinia.

—Peter, lo que quiero es que te quedes tranquilo. Nuestras acciones tienen consecuencias. Tus decisiones me afectaron en su momento. Pero créeme: yo me casé muy enamorada de Óscar. Muy enamorada.

—Pero si... — y de repente calló Peter.

—Sé lo que ibas a decir.

—No lo sabes, Davinia.

—No me tomes por estúpida. No lo hagas. Ibas a decir que si te hubiese elegido a ti, todo habría sido distinto, ¿verdad?

—No era mi intención. Ha sido un acto reflejo. Pero muchas veces he pensado que los dos nos equivocamos.

—Sobre todo yo, debería de haberme quedado sola y no haber hecho la locura que hice.

—No te martirices más Davinia — dijo mientras cortaba un trozo de solomillo que había cogido de la parrillada.

Pasamos la tarde en aquel restaurante charlando con todo el respeto y cariño del mundo, en el fondo sentía que Peter, en ese año, se había vuelto más tranquilo y su aire chulesco había desaparecido.

Me acercó a mi casa en coche y una vez en la puerta nos despedimos dándonos un buen abrazo y deseándonos lo mejor del mundo, no hablamos de quedar, pero entré a mi casa muy contenta por haber tenido la oportunidad de hablar con él.

# Capítulo 3

Estaba ensimismada mirando el móvil mientras pensaba en la llamada que acababa de recibir. Me había levantado esa mañana un poco más tarde de lo habitual, necesitaba descansar, y si el teléfono no hubiera sonado, seguramente aún seguiría dormida.

Me había puesto bastante nerviosa al escuchar la voz de mi abogado al otro lado de la línea, ya estaba todo preparado para terminar con ese matrimonio.

Ni siquiera me di cuenta de que mis padres habían vuelto hasta que escuché cómo me llamaban.

—¿Estás bien, cariño? — preguntó mi madre después de darme un beso en la cabeza.

—Sí — sonreí y los saludé a los dos —. Solo pensaba.

—Y eso es lo que menos debes de hacer — me riñó mi padre.

—Me ha llamado el abogado — me levanté de la silla de la cocina, donde estaba sentada, y me serví un zumo de naranja mientras ellos guardaban la compra.

—¿Todo bien? — preguntó mi padre.

—Me dijo que ya tiene los documentos preparados, solo me queda ir a firmar — me senté de nuevo.

—¿Con tus condiciones? — quiso saber mi madre.

—Sí, todo tal como lo dije. Recibiré los cien mil euros y toda esta pesadilla se habrá acabado.



—Ojalá fuera así de simple — suspiró mi madre.

—Lo será — dije fingiendo sentirme fuerte, aunque a veces me venía abajo —. Quedé en acercarme esa tarde por el despacho para firmarlos.

—¿No ha vuelto a llamarte? — preguntó mi madre, evidentemente se refería a Óscar.

—No, sabe que entre nosotros no hay nada más que hablar. Y una vez que yo firme hoy los papeles, menos aún.

—Sigo pensando que pides poco — intervino mi madre —, pero es tu decisión.

—Mamá, ya hemos hablado varias veces de eso y no hay vuelta atrás.

—Lo único que quiero es que todo esto se termine de una vez por todas.

—Deja a la niña, ella sabrá lo que hace — mi padre cogió una lata de cerveza y se marchó al salón, su hábitat natural.

—Te juro que a veces no sé qué le vi — mi madre puso los ojos en blanco y yo me reí.

—Pues que lo adoras — contesté.

—Adoraría ahorcarlo también, una pena que esté penado por la ley — resopló.

—Mamá... — me reí, no tenía otra opción — ¿Sabes? Sois un ejemplo.

—¿De qué? — se sentó frente a mí, curiosa.

—De lo que es ser un matrimonio de esos, de toda la vida. Ya la gente no tiene tanto aguante.

—Se llama respeto, confianza y cariño.

—Ay, mamá, el cariño llega pronto, la confianza... Pues tú me dirás, no he tenido buenas

experiencias. Y si no hay confianza, ¿cómo va a haber respeto?

—Creo que equivocáis las cosas. Los jóvenes en general — aclaró —. El cariño puede que llegue pronto, eso seguro. Pero el cariño lo puedes sentir por cualquiera, ya sea tu perro o tu mejor amiga. ¿Pero el amor? Eso es lo verdaderamente complicado de encontrar.

—¿Y cómo se diferencia el amor del cariño? — pregunté curiosa.

Me encantaba hablar con mi madre, la experiencia era un grado y nunca tenía que preocuparme por preguntar lo que fuese, ella siempre respondía sincera.

—Lo sabrás cuando llegue — sonrió.

—Llegó con Óscar y mira cómo me fue — me quejé.

—Quizás no era el amor verdadero. Quizás sí. Tal vez nunca quieras a nadie de la misma forma o tal vez aparezca alguien, quien menos y cuándo menos te lo esperes, que te enseñe qué es de verdad el amor.

—Has aclarado mucho con esa respuesta — dije bromeando.

—Cariño, los asuntos del corazón son muy jodidos.

Me reí a carcajadas, mi madre usando esa palabra.

—Pasas demasiado tiempo conmigo — dije riendo.

—Escúchame, Davinia — dijo muy seria y la miré con atención —. Solo te voy a pedir que no te cierres, que no todos los hombres son malos. No seas como tu hermana, por favor. La vida te ha dado algún que otro palo pero sigue adelante. No busques nada, pero tampoco evites nada. Lo que tenga que ser, será.

—Y eso lo dice la persona más impaciente del mundo — dijo mi padre mientras entraba en la cocina para coger algo de comer.

—¿Impaciente? ¿Yo? Bendito sea Dios... — refunfuñó ella.

Empezaron los dos a discutir mientras se echaban cosas en cara y yo los miré divertida. Cuando era niña y los veía así, me preocupaba, pero el tiempo me hizo entender que aquello era parte de su relación. Y sabía que al final acabarían dándose un beso, como siempre.

Eran unos momentos bonitos que me gustaba vivir con ellos, y en el fondo me daba algo de envidia. Yo también quería un amor así, incondicional y para toda la vida. Pero quizás no estaba hecho para mí o nunca encontraría a la persona adecuada o a saber...

Ayudé a mi madre a hacer la comida y descansé un poco antes de tomar una ducha rápida y salir hacia el despacho de mi abogado.

No tuve que esperar mucho, nada más llegar me hizo entrar y firmé los papeles rápidamente. Ya él se encargaría de que todo lo demás fuera rápido, pero podía decirse que desde ese momento, ya estábamos legalmente separados.

Caminé un poco por la ciudad, tenía una sensación extraña. Todo lo que había pasado los últimos meses, desde que entré a trabajar al periódico de Peter, me había cambiado la vida radicalmente.

Peter...

Sonreí al pensar en él, me había gustado tanto verlo... Sobre todo me había impresionado ese cambio que noté en él. No sabría explicarlo, pero estaba diferente. Más sereno, relajado, tal vez más seguro de sí mismo y eso me gustaba.

No era el mismo hombre que había conocido, tal vez lo era pero conmigo se mostró distinto.

Estaba llegando a casa de mis padres cuando recibí un mensaje de Peter, como si lo hubiera llamado con mi mente.

***“Hola, Davinia, espero que estés bien. Me encantó haber coincidido contigo y me gustaría invitarte a comer el próximo fin de semana. Por favor, solo como amigos, piénsalo, ¿ok?”***

A eso me refería, ya no imponía, me respetaba y eso me hacía sentir bien.

***“Hola, Peter. Claro, podemos quedar cuando quieras.”***

Leyó mi mensaje al instante y volvió a escribirme.

***“Me alegra que me digas eso. ¿Te parece bien si quedamos el sábado para comer? “***

***“Sí, perfecto. Ya me dices dónde y a qué hora. Feliz día, Peter.”***

Vi cómo concretaba cómo vernos y se despidió de mí con “Un beso”.

Llegué a casa de mis padres y me encerré en mi habitación a pensar. El capítulo de Óscar estaba ya casi cerrado. En las próximas horas tendría el dinero ingresado en mi cuenta y ya no había nada más que hablar entre nosotros.

Y Peter...

Me ilusionaba tenerlo cerca de nuevo pero tampoco quería darle muchas vueltas a la cabeza. No estaba para pensar en algo más allá de una amistad y tampoco sabía qué esperaba él.

Cuando me fui a la cama ese día, mi cabeza seguía con los mismos pensamientos. Parecía que mi jefe se había instalado de nuevo en mi mente y a ratos me enfadaba conmigo misma. Lo que menos necesitaba era otra complicación en mi vida, pero las palabras de mi madre “No te cierres a nada, deja que las cosas sucedan”, tampoco abandonaban mis pensamientos.

Abrí el cajón de la mesilla de noche y releí la carta que recibí de Peter tiempo atrás:

***“Hola, Davinia.***

***Mucho tiempo sin saber de ti aunque créeme cuando te digo que estoy siempre pendiente a todo lo relacionado con tu vida.***

*Te vi en la boda, de lejos pero lo hice. Estabas preciosa y, ¿para qué mentirte? Me dolió que fuera él quien pusiera esa sonrisa de felicidad en tu cara.*

*Pero no te escribí para hablar de nada triste, al contrario, quiero felicitarte por tu elección. Me ha costado mucho reponerme a ti y a lo nuestro y aun no lo he conseguido, todavía sigo enamorado de ti, aunque lo dudes.*

*Si me decidí a escribirte fue porque decidí cerrar ya nuestro pasado, de nada sirve que siga atormentándome cuando tú elegiste. Y te quedaste con quien debías, con quien amas y te merece.*

*Lo hice mal y te pido disculpas. Sobre todo conserva ese amor que es tan difícil de encontrar.*

*No sé si piensas en mí, pero ojalá algún día lo hagas sin rencor y puedas sonreír.*

*Os deseo lo mejor, os lo merecéis. Y, aunque suene extraño, siempre me tendréis aquí.*

*Con todo mi amor.*

*Peter Evans.*

*PD: Adiós al que sí fue mi único y real amor.”*

Leí esas líneas en ese momento desde otra perspectiva. No fue el único que lo hizo mal, yo también metí muchas veces la pata.

Lo nuestro había sido una relación extraña y obsesiva desde el principio, llena de mentiras y secretos, tampoco iba a culparlo de todo el desastre, yo tenía mi pequeña parte de culpa también.

Pasé los dedos por las últimas líneas: *Adiós al que sí fue mi único y real amor.* Se me llenaron los ojos de lágrimas como la primera vez que lo leí.

Habíamos vivido tantas cosas juntos... Pero llegó Óscar y...

Mierda, Davinia, no es momento de volver a pensar en nada de eso. Tenía que cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas, y después de todo lo que había pasado, estaba segura de que era lo suficientemente fuerte como para empezar de cero.

El domingo estuve en casa disfrutando de la compañía de mis padres, me ayudaban a no pensar en nada y eso hacía que todo fuese mucho más fácil.

Comencé la semana con energías renovadas, con ganas de divertirme, así que me fui de compras para gastarme un dineral en ropa nueva, pensaba tirar toda la que tenía, todo lo que me recordaba al que ya era mi ex marido.

Me sorprendió recibir un mensaje de Peter a media mañana.

*“Hola, preciosa. Solamente quiero desearte un feliz día y que no te olvides de que nos vemos el próximo sábado. Besos.”*

No, no lo olvidaría, seguro. Me apetecía mucho pasar un tiempo con esa nueva faceta de Peter que tanto me había sorprendido.

Y fue mi antiguo jefe quien hizo que la semana se pasara más rápidamente. Todas las mañanas me escribía deseándome un buen día y me hacía sonreír. De vez en cuando me mandaba otro mensaje para saber si me encontraba bien.

Me gustaba tanto como me extrañaba tanta preocupación, pero estaba claro que no iba a quejarme porque estuviese pendiente a mí.

Pero mi supuesta calma se acabó el viernes, me tapé la cara con las manos cuando escuché a mi hermana entrando por la puerta de la casa de mis padres.

—Y la niña pródiga volvió al hogar — dijo bromeando después de darme un beso.

—No empieces, Carla — le dijo mi madre.

—¿Yo? Pero si solo vengo a ayudar.

—¿A ayudarme a qué? — pregunté intrigada.

—Carla, que nos conocemos...

Y la conocía tan bien que sabía que acabaríamos como lo hicimos, las dos metidas en mi habitación y yo esperando que terminara con el interrogatorio habitual.

—¿Ya? — pregunté después de las primeras 15 preguntas.

—Sí, empieza, si se me olvida algo pregunto.

—Estoy bien, Carla, de verdad.

—La verdad es que se te ve bien, cualquiera diría que te acaban de poner los cuernos y tu matrimonio se fue al garete.

—Eres toda sensibilidad — reí.

—Lo siento — dijo contrita —. No sé mantener la boca cerrada.

—Está bien, ya está superado — mentí, porque tampoco era realmente así —. Mañana quedé con Peter — solté así, de sopetón.

—Con Peter... ¿Quién es...? ¡¿Tu ex jefe?!

—Joder, baja la voz — le reñí.

—Mierda, es que lo sueltas todo sin paños calientes.

—Tampoco creo que sea nada del otro mundo, somos amigos.

—No, Davinia, nadie es amiga de sus ex.

—¿Y por qué no?

—No sé, pero no. Además, ¿cómo es que vuelves a tener contacto con él?

—Me lo encontré hace unos días y acabamos comiendo juntos. Me invitó a comer el mañana y acepté.

—Davinia, por Dios...

—¿Qué? Solo es un almuerzo con un amigo.

—Un almuerzo con un amigo que fue tu jefe, al que te tiraste, que te engañó y...

—Ya, Carla, deja de cuestionarme todo.

—No quiero eso, solo espero que no vuelva a repetirse la historia.

—No se va a repetir nada, yo no lo veo a él de esa manera — mentí como una bellaca y ella lo notó por la forma en que me miró —. Si lo llego a saber, no te cuento nada.

—No sabes mantener la boca cerrada.

—No, ya lo veo — dije enfadada.

Me tocó aguantar una hora de consejos de mi hermana y, cuando se marchó después de cenar, acabé yéndome a la cama de muy mal humor.

Pero el mensaje que Peter me envió antes de dormir, me hizo sonreír de nuevo.

***“Que descanses, preciosa. Mañana nos vemos.”***



Sí, ya sé que era una estupidez de mensaje pero Peter volvía a mover cosas en mí que...

Gemí, eso sonaba a problema...

## Capítulo 4

Cuando bajé de casa el sábado, lo vi parado delante del coche, estaba con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el suelo. Me acerqué a él y levantó la cabeza rápidamente, regalándome una gran sonrisa, un poco más y trastabillo al verlo sonreír así.

—Vaya, estás preciosa — me miró de arriba a abajo y empecé a ponerme colorada.

—Estrenando vestido — dije por decir algo.

Me dio un beso en la mejilla y abrió la puerta del copiloto para que me sentara.

—¿Vas a conducir tú? — pregunté extrañada una vez que estuvimos los dos dentro del coche.

—Sí, me saqué el carnet hace años — bromeó.

—Mira, otra faceta tuya que no conocía. Eres toda una caja de sorpresas, Señor Evans.

—Quizás algún día te decidas a abrirla — me guiñó el ojo y se incorporó al tráfico.

—¿A dónde vamos?

—A un restaurante que conozco en las afueras de la ciudad. El dueño es primo mío y no hace falta reserva. Te va a encantar.

Asentí con la cabeza, estaba segura de que sería un lugar increíble, conocía el buen gusto de Peter para todo.

Y cuando llegamos supe que no fallé. El restaurante, ubicado a las afueras de la ciudad, era enorme. Una gran fuente de piedra decoraba el camino a la entrada y los jardines alrededor le daban un toque de tranquilidad.

—Es muy conocido pero no te atienden sin tener reserva, tampoco es barato así que digamos que es para un público selecto — explicó Peter mientras entrábamos.

El maître nos acompañó a la mesa y yo iba todo el camino pendiente del mínimo detalle.

Era estilo rústico y a la vez moderno, una mezcla extraña que lo hacía un lugar único.

Pedimos una botella de vino antes de comer.

—Realmente estás espectacular — dijo mirándome a los ojos.

—Vamos, Peter, no me sonrojes.

—Me hace gracia eso, que aún sigas sonrojándote con los piropos, ¿o es solo con los míos? — lo dijo en tono de broma pero había algo de interés en esa pregunta.

—No lo sé, me sigue poniendo nerviosa estar cerca de ti — reconocí.

—No voy a hacerte daño, Davinia, créeme que aprendí bien la lección. No volveré a hacerte sufrir.

—No quiero hablar del pasado, Peter, de verdad.

—Lo entiendo, pero ojalá en algún momento podamos hacerlo.

Le di un sorbo a la copa y di gracias a Dios porque el camarero llegara en ese momento para tomar nota. Dejé que Peter eligiera por mí y, como se notaba que ambos estábamos un poco extraños en ese momento, intenté llevar la conversación por otro lado.

—Cuéntame del periódico. ¿Cómo va todo?

—Cuando pasó lo nuestro, tuve una época en que lo dejé algo abandonado.

—Peter, ¿cómo hiciste eso?

—Es igual... Cuando llegué tuve que ponerme en plan jefe cabronazo, ya me entiendes, tengo algunos trabajadores que se me van un poco de las manos.

—No te referirás a los 3 mosqueteros, ¿verdad? — reí.

—Y tanto que sí. Desde que D'artagnan se fue, no hay quien los controle.

—Son un amor.

—Uy, sí, completamente. Sobre todo por el cariño que me tienen. He temido varias veces por mi vida — dijo muy serio.

—Eres un exagerado — reí a carcajadas.

—¿Tú qué vas a decir? Si eras el ojito derecho de esos tres... — puso los ojos en blanco y rio al final.

—Una que tiene su encanto — le saqué la lengua —. Pero dime, ¿está todo bien?

—Sí, ahora sí. Me costó un poco volver a tomar el control de todo pero he cerrado buenos tratos y ahora pasamos por una de las mejores épocas. Mucho trabajo, eso sí, pero también intento delegar un poco.

—¿Y eso?

—No lo sé, solo creo que necesito algo más de tiempo para mí. Y tengo personas muy bien capacitadas para hacer muchas más cosas de las que yo les confiaba.

—Me parece bien, Peter, trabajas demasiado — concordé.

—Sí, bueno, y una de mis mejores trabajadoras se fue, así que ya nada volvió a ser lo mismo. Pero no me quejo — sonrió.

—¿Sabes? Aunque fue un corto tiempo el que estuve allí, muchas veces lo echo de menos.

—¿A mí? — dijo con los ojos abiertos de par en par.

—Deja de bromear — me quejé —. Todo eso, la empresa, los compañeros. Aunque tú fuiste como un enorme grano en el culo...

—Joder, ya no como — dejó el tenedor en el plato.

—Aunque fuiste como un tremendo dolor de barriga — corregí riendo —, el trabajo me encantaba.

—Siempre puedes volver — dijo mirándome seriamente.

—No quiero pensar ahora en eso pero gracias.

—Sí, es cierto. Hay cosas en las que es mejor no pensar, no ahora al menos. Así que olvidémosla. ¿Qué te parece si damos un paseo por el centro de la ciudad cuando comamos? ¿O tienes algo que hacer?

—¿En serio me lo preguntas?

—Sí, ¿por?

—No sé, supongo que me tendré que acostumbrar a que el Peter mandón que conozco tiene esta faceta amable — le guiñé el ojo y seguimos comiendo.

La comida fue muy agradable, Peter estaba bromeando en todo momento y yo me sentía muy relajada a su lado. El cambio que había sufrido era increíble, no parecía ni el mismo hombre y eso me trastornaba un poco. Porque si en su día, como era él, consiguió hacer conmigo lo que quiso, estaba comenzando a temer que este Peter lograría aún más si se lo proponía.

Pero lo cierto era que se mostró correcto en todo momento, nada que me hiciese pensar algo más allá que una amistad aunque a veces lo notaba mirándome con añoranza.

Paseamos por el centro, nos tomamos un capuccino en una cafetería y entramos en una tienda de bolsos y bisutería que me encantaba. Llevaba tiempo que, cada vez que pasaba por aquel escaparate, me quedaba encandilada con el mismo bolso así que aproveché para comprármelo.

Me molesté cuando vi que Peter sacaba la cartera para pagar. Me negué en rotundo pero, como aquella vez en Tailandia, me ignoró por completo.

—Venga, Davinia, solo es un bolso — dijo al salir de la tienda mientras intentaba dármelo.

—No, Peter, son 300€.

—Es un bolso que querías, ¿no?

Y tanto que lo quería, pero por algo había tardado tanto en comprármelo, era realmente caro.

—Por favor, esta vez no me digas que no.

Lo miré unos segundos y suspiré. Acepté el regalo y sonreí como una niña pequeña al tenerlo en mis manos.

—No ha sido tan difícil, ¿no? — bromeó.

—Gracias — me acerqué y le di un beso en la mejilla.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y, tras ponerme colorada, me retiré y seguí caminando.

Ya pasamos las siguientes dos horas con un poco de tensión pero Peter bromeaba y me hacía reír,

evitando que siguiera nerviosa y preguntándome por qué sentía de nuevo todo eso por él. Me casé en su día con Óscar, ¿estaba loca o qué?

Me dejó en casa y me despedí de él con otro beso de amigos. Subí a casa e ignoré la mirada curiosa de mis padres, me metí en la habitación para evitar las preguntas y cogí mi bolso, metiendo ya las cosas dentro para estrenarlo.

Fruncí el ceño cuando vi que había un pequeño paquete dentro y me quedé con la boca abierta al ver lo que contenía.

En ese momento me llegó un mensaje de WhatsApp, era Peter.

*“Imagino que la has visto ya y espero que no te moleste. Tenía eso guardado desde el día que te lo compré en Tailandia y sabía que en algún momento te la tenía que entregar. Ese momento llegó, ahora no tienes más remedio que aceptarla.*

*Gracias por darme la oportunidad de estar de nuevo cerca de ti, Davinia, significa mucho para mí. Que descanses.”*

No sabía reaccionar en ese momento. Me había metido dentro del bolso la pulsera de la que me enamoré en Tailandia y que no quise aceptar.

Y ahora me obligaba a hacerlo.

Me reí, el viejo Peter seguía aún presente y eso me encantaba demasiado.

Desperté al día siguiente temprano, estaba tomándome un zumo de naranja cuando mi móvil sonó.

—¿Peter? ¿Estás bien? — pregunté al ver que era él.

—Buenos días, preciosa. ¿Te desperté? — preguntó preocupado.

—No, tranquilo, estaba desayunando.

—Ah, bien. Sí, estoy bien. ¿Tienes planes hoy?

—Pues no, lo de siempre.

—Perfecto, te recojo en una hora.

—¿Para qué? Peter, es muy temprano.

—Sí, lo sé, pero ponte ropa cómoda. Un chándal sería lo adecuado.

—¿Para qué? — insistí.

—Y zapato cómodo. En una hora abajo.

Colgó el teléfono y me quedé mirándolo como tonta. Ese era el Peter que conocía, el que no me daba opción a nada, y como buena idiota que era, esa faceta me encantaba.

Me vestí como me dijo y me despedí de mis padres diciéndoles que no sabía a la hora que volvería pero que no se preocuparan. Noté las ganas que tenían de preguntarme pero ni siquiera les di la oportunidad, salí casi corriendo de casa.

Ya Peter estaba, como el día anterior, esperándome en el coche.

Lo saludé con un beso y me monté, me ignoró las tres veces que le pregunté adónde íbamos, así que me preparé para cualquier cosa.

Pero lo que no esperaba era que pensara pasar el día en el campo. Salí del coche cuando aparcó y él comenzó a sacar las cosas del maletero.

—¿El campo? — pregunté riendo.

—Sí, de picnic.

—Peter, me sorprendes. No esperaba que tú...

—Soy un tipo normal, hago cosas normales. Hoy me apetecía pasar el día relajado y el campo es

lo mejor para eso. Toma, lleva esto — me dio la manta que imaginaba pensaba poner en el suelo y lo seguí.

Él iba cargado con la nevera y varias mochilas. Coloqué la manta en el suelo cuando llegamos a un claro y lo ayudé a ordenar todo.

—¿Cuánta gente viene? — pregunté al ver tanta comida.

—Solo nosotros, pero el campo me da hambre.

—No, Peter, la playa da hambre, o eso dicen porque no es que suele ir mucho. Pero el campo lo que provoca es cansancio.

—Y hambre — ya estaba él dispuesto a prepararse un bocadillo de tortilla de patatas — . ¿Quieres?

—No, gracias, es temprano. ¿Has cocinado tú?

—Mmmm... Podría, soy un buen cocinero. Pero la verdad es que le dije a mi madre que lo hiciera.

—Ya veo — me reí —, y tu madre es una santa.

—No lo sabes bien, cuando quieras te la presento.

—Vale — dije tímidamente.

Hacia un día increíble y, mientras él devoraba la comida, me tumbé en silencio. Minutos después, cuando abrí los ojos, lo vi tumbado a mi lado.

—Eres una dormilona, llevas una hora durmiendo.

—No es cierto — me quejé y miré la hora en el móvil —. Mierda — dije al ver que era así.



—Tranquila, es señal de que te sientes a gusto y me gusta eso.

—Todo esto es muy extraño, Peter.

—¿El qué? — me miró a los ojos.

—Esto — hice un gesto con la mano y lo miré directamente —. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, que los dos estemos aquí, ahora, de esta forma, no sé cómo explicarlo.

—Yo me alegro de que eso pase.

—Yo también — dije rápidamente —, pero no quita que sea raro. Es no sé... extraño.

—Se nota que dejaste de ejercer como periodista — bromeó ante mi falta de explicación —. Davinia, tenemos muchas cosas de las que hablar todavía.

—Yo no creo estar preparada para eso.

—Esperaré a que lo estés. Pero hay cosas que quiero decirte y espero que me escuches.

—Está bien...

—Davinia, fui un cabrón y no quiero volver al pasado, quizás algún día podamos hablar de todo esto sin que nos duelan los recuerdos. Pero ahora estamos aquí y me encanta.

Te he visto dolida, triste por lo de Óscar, con rabia también y no me gusta. Lo único que quiero es que me dejes permanecer cerca y que no tengas miedo de decir lo que sientas o necesites.

Yo siempre voy a estar aquí.

—Me dijiste eso en la carta — le recordé.

—Lo sé, entonces no te mentía, ahora tampoco lo hago.

—Gracias, Peter, me gusta que seamos amigos.

—Algún día confiarás de nuevo en mí, te lo prometo.

Nos mantuvimos en silencio, yo pensando en la palabra amigos que tanto me había costado decir.

Sus ojos miraron mi boca y yo me puse nerviosa, ¿realmente había aún algo entre nosotros?

La pregunta era un poco estúpida porque estaba claro que sí. Me levanté de repente, cortando el momento y empecé a bromear de nuevo. Noté que entendió lo que yo intentaba hacer y me siguió la corriente.

Pasamos un día perfecto en el campo y me dejó en casa a media tarde. Por la noche, aún seguía dándole vueltas a la cabeza a lo mismo. La posibilidad de que entre Peter y yo...

—¿Se puede? — preguntó mi madre desde la puerta de mi cuarto.

—Claro, entra.

—Puedes confiar en mí — dijo tras sentarse en la cama, a mi lado.

—No te entiendo, mamá.

—Te parí, Davinia. Te conozco bien.

—Estuve con Peter — dije sin paños calientes —. Después de lo que pasó entre nosotros...

—Tienes miedo — dijo ella por mí.

—Mamá, no sé ni qué es lo que estoy sintiendo.

—¿Para qué necesitas saberlo? Solo deja que las cosas sucedan.

—Pero...

—Davinia. Él ha vuelto y tú, estos dos días, estás diferente. No pienses tanto las cosas, solo deja que la vida lleve su curso. Te digo lo mismo que días atrás: No intentes evitar nada.

—Acabo de divorciarme — le recordé.

—Sí, y tu historia con tu ex jefe es para daros de comer aparte, ¿Y cuál es el problema? No pienses tanto, de verdad.

—Gracias — le di un beso y me dejó sola con mis pensamientos.

Sabía que tenía razón, de nada servía pensar, me encantaba estar de nuevo con Peter y no tenía por qué evitarlo. Lo que pudiera o no ocurrir, no era decisión mía.

Me acosté con la imagen de Peter en mi mente. Sí que había cambiado, era más sincero y comunicativo y se estaba volcando con no dejarme sola.

Le mandé un mensaje.

***“Gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Peter. No sé cómo agradecértelo.”***

Me contestó al momento.

***“No hay nada que agradecer. Me encanta estar contigo, solo eso.”***

Sonreí con su respuesta. Parecía ser que mi jefe iba ganándome, aunque esta vez de forma muy diferente.

# Capítulo 5

No sé si era el amor o la ausencia de amor.

Pero algo estaba sucediendo en mí, algo que no puedo describir con palabras me estaba obligando a soñar de nuevo, y digo “obligar” porque, por mucho que evitara recordarlo o imaginarlo, dentro de mi cabeza, una y otra vez, aparecía la figura de Peter.

Nuestros encuentros habían sido dichosos y felices. La complicidad estaba ahí y presentía que un sentimiento de atracción nacía en mí, pero no debía forzar las cosas. Quería nuevas actividades en mi vida que me ayudaran a relacionarme con el mundo, a querer pensar que todo podía cambiar para mí, que yo saldría finalmente de esas aguas cenagosas en las que me había sumergido Óscar.

Me había apuntado al gimnasio y el ejercicio físico me estaba ayudando a relajarme y a caer rendida en la cama, aunque ese hecho no evitaba mis inquietantes sueños con Peter.

Ese fin de semana que pasé con el que había sido mi jefe fue una experiencia positiva, y ¿por qué no decirlo?, una experiencia constructiva. Estábamos reconstruyendo una amistad que era diferente a la de hace un año, donde la sombra de Alexia había deformado la verdadera identidad de aquel hombre.

No estaba experimentando la ilusión del enamoramiento, sino la ilusión de estar con él, de conocerlo en profundidad, de saber quién era verdaderamente el Sr. Evans, lejos de la presión y de la amenaza de aquella bruja que era Alexia.

Por un lado, me encantaba estar con él, pero, por otro lado, temía que aquella relación afectiva que se estaba fraguando entre nosotros se rompiera por algún malentendido o sencillamente porque volviéramos a enamorarnos.

No quería eso, pero, si no lo quería, ¿qué hacía con Peter? ¿Qué diablos estaba haciendo con aquel hombre?

Me levanté ese lunes con ganas de comerme el mundo. Desayuné. Estuve charlando un rato con mamá sobre temas sin importancia. Mi padre, que estaba acostumbrado a madrugar, ya se había marchado a la calle. Le encantaba caminar y jugar a la petanca.

Me vestí con una blusa y un pantalón de tela. Estaba mona y salí a comprar unos libros. Hacía tiempo que había abandonado la lectura y quería volver a leer en inglés, así que pasaría la mañana buscando títulos en algunas librerías para luego irme un rato al gimnasio.

Cuando estaba en la universidad, tenía por costumbre pasar horas y horas en bibliotecas y librerías. Desde que empecé a trabajar en El Heraldó, perdí esa costumbre y ahora me había propuesto recuperarla, al igual que me había empeñado en mejorar mi forma física. No me apetecía nada que, con esta vida sedentaria, la flaccidez en muslos y vientre se convirtiera en una señal de envejecimiento prematuro.

Quería sentirme joven y viva, joder. No era mucho pedir.

Encontré varios títulos interesantes de importación en una librería de barrio y, sobre las doce, me dirigí al gimnasio a pelearme con la bicicleta estática y las mancuernas. Salía nueva de aquellas sesiones. Después de la ducha me encontraba llena de energía.

Echaba de menos a mis compañeros del Diario Sol, así que, una vez que dejé la ropa sucia en casa, hice tiempo hasta que dieron las tres. Como había puesto el móvil en modo silencio, no me había percatado de los mensajes que Peter me había ido enviando a lo largo de la mañana.

Eran mensajes que, después de todo este tiempo, no me canso de leer, pues expresaban afecto, respeto y generosidad, formas elegantes de lo que yo entendía como un principio de seducción, aunque no quería darle esa importancia. Al menos... todavía.

***“Me lo estoy pasando genial contigo. No pido más, sino que volvamos a repetir alguno de estos momentos, Davinia”***

***“No pienso en ti como en alguien a quien conquistar, sino en alguien que merece el afecto que alguna vez no supe darle”***

***“Eres esa persona, Davinia, que haces que mejore cada día”***

***“No puedo recordar nada, si no estás tú en ese recuerdo, conmigo”***

*“Tengo ganas de verte. Solamente el hecho de pensar en algo así me ilusiona. La belleza reside en eso”*

*“No tienes que temer nada. No soy nadie porque tú lo eres todo”*

Me daban ganas de responder con frases parecidas, pero debía contenerme. No quería tentar a la suerte y dejar que todo lo que habíamos logrado a lo largo de estos últimos días desapareciera por precipitarme.

No quería eso. Me limitaba a darle las gracias o a contestar con monosílabos.

Como había planeado, quedé con los chicos y estuvimos hablando de todo un poco, de una forma cordial, evitando profundizar en temas sentimentales. Desde que los había conocido, no me había inmiscuido en sus vidas privadas. Estaba claro que, con los espectáculos que se montaban allí, en nuestro departamento, sobraba con mi vida personal.

Quedamos de nuevo en el mismo bar donde Peter y yo habíamos mantenido esa conversación tan distendida a la vez que profunda.

—Te vemos genial, Davinia —dijo Naty con alegría.

—Bueno, ahí estamos, intentando superarlo todo. ¿Cómo vais en la empresa? — pregunté yo.

—Vamos bien, pero se te echa de menos —añadió Manuel.

—Es verdad. No es lo mismo aquello sin ti — intervino Desirée con un tono de tristeza.

—Sé que lo decís por cumplir —dije yo con ironía.

—No seas tonta. Se te echa de menos. De verdad — dijo Naty.

Podía comprobar que hablaban con el corazón y que, en realidad, habían sabido valorar mi eficiencia, pese al poco tiempo que estuve allí.

—Yo también echo de menos aquel lugar, ¿sabéis?

—Me imagino — dijo Naty y suspiró.

—¿Puedo decirte una cosa, Davinia? — preguntó Manuel.

—Sí, claro.

—No quiero meterme en tu vida privada, ¿sabes?

—No te preocupes. Pregunta lo que necesites. Sé que no me vas a ofender, Manuel.

—¿Por qué no intentas volver a la empresa?

—No quiero. No quiero involucrarme de nuevo en el periódico. Lo pasé mal, Manuel, muy mal. Desde que entré allí, todo ha sido un desastre en mi vida — dije yo compungida.

—No puedes decir eso de nosotros — intervino Naty con su habitual sentido del humor.

—No. Vosotros sois especiales y os aprecio mucho. Pero mis vivencias allí me han dejado cicatrices.

—Sabes que en el Diario Sol comentan que te han estado viendo con Peter — añadió Desirée con timidez.

—Ya sabes cómo son los rumores. Por favor, no hagáis caso — dije yo contestado rápidamente.

—Pero, cuenta, cuenta. ¿Estás saliendo con él? — preguntó Naty con expectación, esperando una respuesta inminente.

—Natalia, me he propuesto no hablar de temas personales, por favor.

—O sea, ¿os estáis viendo? — preguntó Manuel con seriedad.

—Nos hemos visto alguna vez, pero no quiero ahondar en el tema, ¿de acuerdo?

—Está bien. Te respetaremos como siempre —dijo Naty.

—Os lo agradezco mucho.

Tomamos unos vinos y estuvimos cotilleando sobre algunas parejas que se habían formado en la oficina. Manuel estuvo hablando de algunos problemas familiares y Naty y Desirée bromeaban sobre algunas locuras de juventud.

A lo largo de aquella semana, estuve viendo a mis amigos en su tiempo de descanso. A veces entraba en la cafetería del edificio y allí me sentaba con ellos. Quizá debería decir también

que, durante esos días, Peter me estuvo mandando mensajes con un tono poético y de admiración que yo agradecía, y, tras meditarlo mucho, volví a quedar con él para el jueves a la hora de comer.

Me apetecía hacerlo y no vi nada malo en ello. Al contrario, creo que era una forma de lograr aquello que me había propuesto y que no era otra cosa que conocer en realidad quién era Peter, quién se escondía detrás del Sr. Evans. El hecho de pensar en aquel momento en volver a enamorarme de él era una estupidez. No quería complicarme la vida. Solamente quería saber qué pensamientos y proyectos había detrás de aquel hombre al que alguna vez amé.

En algunas conversaciones que mantuve con Manuel aquellos días previos a mi cita con Peter, mi compañero de trabajo volvió a mostrar el sentido paternal que lo caracterizaba.

Me sentía protegida por aquel hombre, un espíritu angelical que quería siempre lo mejor para mí.

Fue la mañana del miércoles cuando me enteré de un secreto que Manuel ocultaba. Aquel día quedé con los compañeros a desayunar, no a almorzar ni a comer. Me habían cambiado unas clases en el gimnasio y tenía que acompañar a mi madre al médico, así que fui a desayunar a la cafetería de aquel edificio. Manuel estaba solo. Las chicas aún no habían bajado.

—Me he adelantado yo, Davinia. Desirée y Natalia no tardarán en bajar.

—¿Hay mucho trabajo ahora, Manuel, en la oficina? — pregunté espontáneamente.

—No. Lo de siempre. Somos uno menos y a veces eso se nota, especialmente para atender a los correos — dijo él con serenidad.

— No han colocado a nadie en mi lugar todavía? — pregunté intrigada.

—Debo confesarte algo, Davinia.

—Dime.

—Creo que el Sr. Evans espera que tú te incorpores en cualquier momento, aunque también es cierto que circulan rumores de que alguien ocupará pronto ese puesto.

—Perdona si mi marcha de la oficina ha supuesto más trabajo para todos vosotros —dije yo un tanto afligida.

—No te preocupes. Hablo por hablar. Podemos con todo y tengo que confesar, aunque me duela aceptarlo, que la gestión del Sr. Evans ha mejorado mucho últimamente.



—¿Has quedado con él? —me preguntó de repente Manuel.

—Sí, hemos quedado para el jueves. Me gustaría que fueras discreto, por favor. No les cuentes nada a las chicas. Ya se lo diré yo — dije con cierto tono de preocupación.

—Vale. Sabes que puedes confiar en mí.

—¿Me quieres dar algún consejo? No sé si estoy haciendo bien — pregunté con un tono de súplica.

—No puedo dar consejos de ese tipo. Me sentiría muy mal si, por mi culpa, las cosas no salieran como tú esperabas.

—Siempre he tenido la sensación de que me proteges, es una sensación, Manuel, entre extraña y aliviadora.

—Davinia, eres como una hermana para mí — dijo con un tono de tristeza.

—Sí, tengo esa sensación. Más de una vez has actuado como un padre o como un hermano mayor.

—¿Puedo yo ahora confesarte algo? — me pidió Manuel bajando la mirada.

—Sí, claro.

—Perdí a una hermana hace unos años. Era mayor que yo. Un accidente de tráfico. Las chicas no lo saben. Eres de las pocas personas a las que se lo he contado. Te pareces a ella. Por esa razón, he salido tantas veces en tu defensa — dijo Manuel estremecido.

—Me dejas consternada. Lo siento. No podía imaginar nunca que te había sucedido tal cosa.

—Quería que lo supieras. Cuando hablo contigo es como si hablara con ella.

En ese momento, abrió la cartera y extrajo una foto de su hermana. Al ver aquel retrato supe a qué se refería. Éramos dos gotas de agua.

—Se llamaba Laura — susurró con una voz quebrada.

—Parece mi hermana gemela, Manuel.

—Era guapa. Muy guapa. Como tú.

En aquel momento aparecieron las chicas y Manuel guardó la foto. Volvimos a bromear y aquella atmósfera triste se volvió alegre y jovial.

Fue miércoles por la noche cuando recibí un nuevo mensaje de Peter en el que me recordaba nuestra cita. Pasaría a recogerme por casa de mis padres, pues no quería que sus trabajadores se enterasen de nuestro nuevo encuentro. Me puse muy nerviosa cuando leí aquellas frases antes de cerrar los ojos:

***“Deseando verte de nuevo. Deseando hablarte. Quiero volver a sentir”.***

Como había prometido, pasó a recogerme y me llevó a una marisquería que era bastante conocida en la ciudad. Me gustaba verlo feliz, tan amable y cortés. El restaurante estaba lleno de gente y grandes acuarios llenos de peces y crustáceos decoraban el salón.

Nos sentamos para disfrutar de un auténtico banquete. Solamente rezaba para que no me viera comer almejas u ostras. No tenía ni idea de cómo se abrían. Esperaba que las sirvieran ya abiertas.

Peter comenzó a bromear sobre un cliente con el que había tenido un problema y yo reía porque no paraba de gesticular e imitar graciosamente a aquel hombre que no se aclaraba con la información que Peter le había dado en un presupuesto.

En ese momento tan divertido, sucedió algo inesperado. Miramos casualmente al fondo y los vimos.

Óscar y Alexia estaban allí sentados en una mesa, cogidos de las manos, dándose besos y arrumacos en público. Yo me quedé perpleja y la reacción de Peter no se hizo esperar. Se levantó airado y, con paso marcial, se dirigió hacia allí. Yo lo seguí porque me temía lo peor.

—¡¡Serás hijo de perra!!

—¿Qué te pasa a ti, pedazo de cabrón? — preguntó Óscar con un ataque de ira.

Los dos estaban en pie. Alexia me miraba fríamente, pero pude comprobar que esbozaba una sonrisa.

¿Por qué me volvía a suceder esto? ¿Por qué el destino actuaba de esa forma contra mí?

Ahora entendía que “ALS” era Alexia, que aquellos mensajes que habían significado mi ruptura habían sido enviados por aquella diablesa.

—¿Cómo le haces eso a Davinia? ¿Cómo te has dejado manipular por esta bruja?

—¡¡No te permito que insultes a Alexia!! ¿Me oyes? Peter, vete de aquí. Veo que a ti tampoco te va mal con tu nueva pareja. Tenía yo toda la razón, Davinia — Óscar pronunció su última frase mirándome fijamente a los ojos.

—Déjala en paz. Tú has sido un traidor y tú, Alexia, no sé qué decirte.¡¡Estás como una cabra y en tu corazón solo reina el remordimiento!! —gritó Peter.

—A mí no me metas en esta historia, cabrón — soltó ella con los ojos enrojecidos.

Yo estaba K.O. No sabía qué decir. De repente, sentí que era nuevamente humillada. Agarré a Peter e intenté alejarlo de allí. Todos los clientes nos miraban sobrecogidos porque temían una pelea en cualquier momento. Los camareros nos invitaron amablemente a que nos fuéramos y así hicimos. Con suaves palabras, convencí a Peter de que no merecía la pena enfrentarse a ellos, que no podíamos ponernos a su altura y salimos del restaurante.

Me temblaba todo el cuerpo, pero logré que él se calmara. Respiré hondo y Peter me ordenó que montara en su coche.

Yo había sido engañada como él había sido engañado por esa harpía durante mucho tiempo. Peter quiso defenderme. Quiso defender mi honor. Un sentimiento de alegría se mezclaba con muchos otros de tristeza y amargura.

No sé cuánto tiempo estuvo Peter conduciendo por la ciudad y sus alrededores. Hablamos largo y tendido de lo que había sucedido. Le pedí que me dejara en casa y así hizo.

Antes de bajar del coche, me dijo algo que me animó bastante: “Mañana te recogeré aquí mismo y nos iremos juntos a un lugar que te va a encantar. Considéralo una sorpresa”.

Y yo, pese al hundimiento, sonreí.

## Capítulo 6

No había amanecido el viernes cuando ya estaba en el coche con Peter. Vi cómo iba en dirección al sur pero no decía el destino. “Son algo más de siete horas de viaje, así que duerme”, esas fueron sus únicas palabras. Y yo aproveché para dormirme de nuevo. Solo un rato, pensé, sin imaginarme que despertaría cuando ya habíamos llegado a nuestro destino.

—Vamos, dormilona, despierta — noté cómo acariciaba mi cara y yo me acurruqué aún más en el asiento.

—No quiero — le di un manotazo a su mano.

—No sabía que eras de las que se despertaban de mal humor — rio.

Abrí un poco los ojos y lo miré malamente.

—Tú tienes la culpa, me duele todo — intenté moverme pero estaba dolorida por la postura.

—Normal, siete horas durmiendo.

—¿Ya hemos llegado?

Me desperté de repente y miré por la ventanilla. No tenía ni idea de dónde estábamos, solo veía el nombre de un Hotel “Barceló Punta Umbría Beach Resort” y...

—¿La playa? — pregunté alucinada.

—Sí. Dijiste que no la veías mucho — dijo con una sonrisa increíble y yo casi me lo como a besos.

Abrí la puerta del coche y salí corriendo, un poco más y me pongo a saltar como una niña pequeña.

—No me lo puedo creer — dije una y otra vez.

—Hey, loca, espera. ¿A dónde vas? — me cogió por la cintura, me dio la vuelta y me puso frente a él.

—A la playa — dije como si fuera lo más normal del mundo.

—Tranquila que iremos, pero tenemos que hospedarnos antes.

—Tú puedes hacerlo, yo te espero en la playa, hace mucho que no me baño en el mar.

—Y lo harás. Pero antes vamos a ir a la habitación, vamos a ducharnos, a comer algo, ¿OK?

—Eres un mandón — me quejé.

—Y tú una caprichosa. Venga, coge tu maleta.

—Para eso están los caballeros — refunfuñé mientras lo seguía.

Recogimos las llaves de las habitaciones en recepción y llegamos a las nuestras. Eran contiguas, como si fueran una sola ya que se comunicaban entre sí, compartiendo el mismo baño.

Me hice la tonta y no protesté sobre eso.

Tomé una ducha y me arreglé mientras Peter se bañaba. Salimos del hotel y nos fuimos a comer a un restaurante a pie de playa.

—¿Qué te apetece? — preguntó él cuando el camarero trajo el vino y mientras, nosotros, mirábamos la carta y el chico esperaba para tomar nota.

—Chocos fritos, puntillitas, adobos, una tapa de ensaladilla y otra de patatas ali oli, media ración de acedías también sí — me quedé pensando —. Porque claro, venir a Huelva para no comer pescado, como que no. Ah, jamón y el combinado de marisco, pero no el normal, este que trae gamba blanca, langostinos y cangrejo.

Oh, y un revuelto de huevos al conquero.

Miré a Peter y vi cómo me miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué? — pregunté.

—¿Algo más?

—No, eso para empezar. ¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta. ¿Pero estás segura?

—No te entiendo — dije con el ceño fruncido.

—Somos dos...

—Sí, lo sé, ¿y?

—Verá, señorita — intervino el camarero y yo lo miré —. Que yo, si me pide todo eso, se lo pongo. ¿Pero se lo piensa llevar después en un tupper? — preguntó el hombre muy serio pero yo veía como intentaba controlar la risa. Cosa que no hizo Peter, empezó a descojonarse allí mismo.

—Usted lo pone y ya — dije con una sonrisa forzada e irónica.

El camarero miró a Peter y este le dijo que sí con la cabeza.

—¿Y para usted, señor? — preguntó el camarero.

—No, yo comeré de lo de ella.

—Entiendo... — el hombre se marchó y yo seguía sin entender dónde estaba la gracia.

Lo entendí cuando vi la cantidad de comida que nos pusieron en la mesa.

—Joder, no pensé que... Pensé que las tapas eran más pequeñas — me disculpé.

—Como diría mi abuela, que por cierto era andaluza, no quiero ni el pelo de una gamba en el plato.

Acabamos los dos que no podíamos ni movernos, menos mal que el vino ayudaba a que la comida bajase pero entre todo lo que nos habíamos metido para el cuerpo y el vino que ingerimos, estábamos achispados y a punto de explotar. Nos costó la misma vida caminar por la arena, tuve que desabrocharme hasta el botón del vaquero.

—No pienso comer más en la vida — dije cayendo en la arena, todo a lo largo.

—Cuando mi madre te invite a comer, espera algo peor — Peter se sentó a mi lado.

—Recuérdame que nunca acepte — gemí cuando mi estómago comenzó a dolerme —. Ahora toca una siesta.

—Lo que te va a tocar es otro baño, tienes el pelo de arena...

—Me da igual — me di la vuelta, me puse boca abajo y lo miré —. Gracias, Peter, por todo esto.

—No, gracias a ti por aceptar. Sabes que me encanta estar contigo.

Me moví un poco y puse mi cabeza encima de sus piernas, acomodándome para contemplar el mar.

—Adoro el mar por la noche. El sonido de las olas, la tranquilidad que se respira...

—No te había visto así en Tailandia o en Canarias — dijo él, extrañado.

—Estaba demasiado nerviosa teniendo que lidiar con un jefe y su sex appeal — reí —. No, aparte de eso. Desde...

—¿Sí? — preguntó cuando me callé.

—No sé cómo explicarlo, Peter. Pero desde el divorcio me he sentido como enjaulada, aunque suene extraño. Para mí la playa es como la libertad y esperaba volver pronto. Quizás te parezca una estupidez, pero no puedo evitar sentirme como eufórica.

—En parte lo entiendo — dijo él —. Es como que lo necesitabas para entender el cambio tan brusco que ha dado tu vida, ¿no?

—Sí, algo así. Ahora sí me siento totalmente libre. Aunque creo que sigo necesitando un psicólogo — bromeé.

Él comenzó a jugar con mi pelo y yo me acomodé mejor.

—Que eres rara ya lo sabía — dijo con risa en la voz —. Aunque no lo creas, vi la expresión en tu cara la primera vez que estuvimos juntos en la playa. Había algo especial en tus ojos, en ese momento no lo entendí, pero eso me hizo elegir este destino ahora.

Giré la cabeza y lo miré, sonriendo.

—¿Desde cuándo eres así? — pregunté.

—¿Así cómo?



—Tan atento, tan dulce... Eres muy diferente a ese hombre que se acostó con su empleada.

Peter miró al mar y yo me quedé pendiente a las expresiones de su cara.

—El día que supe que te había perdido de verdad, lo pasé muy mal, Davinia. Aunque nunca lo creas, te quise como jamás quise a nadie en mi vida. Fue duro y no me costó entender que si te perdí, fue porque fui un tremendo gilipollas.

Me comporté como todo lo que odiaba en la vida, fui muy poco hombre, por así decirlo, y me juré que si alguna vez tenía la oportunidad de tenerte cerca de nuevo, fuera como fuera, iba a demostrarte que yo no era ese tío despreciable que te mintió y te hirió. Te demostraría que...

—Shhh... — puse mi dedo en sus labios, evitando que siguiera — eso ya pasó, Peter, tenemos que olvidarlo — dije cuando me miró.

Cogió mi dedo y le dio un beso. Yo estaba intentando evitar llorar por todo lo que me había dicho y no sabía qué contestarle.

Nos levantamos y dimos un paseo por el pueblo. La Calle Ancha, la principal, comenzó a llenarse de gente y todos los bares y restaurantes estaban repletos.

Casi no nos dimos cuenta de que era la hora de la cena, comimos algo de tapeo y volvimos al hotel.

Me tumbé en la cama y no podía dormir. El día había sido intenso e, idiota de mí, estaba echando de menos a Peter.

Así que hice lo primero que se me ocurrió, le mandé un mensaje.

*“No quiero estar sola.”*

Esperaba que entendiera lo que le pedía y que no malpensara. Tardó segundos en tumbarse a mi lado, abrazarme y darme un beso en la cabeza tras darme las buenas noches.

Desperté al día siguiente sola en mi cama. Peter apareció tiempo después con la bandeja del

desayuno y lo tomamos en la terraza, viendo cómo la playa comenzaba a llenarse de gente.

Parecía ser que allí estaba llena todo el año, quizás ni la lluvia impedía que los más intrépidos pasearan por la orilla.

Cogimos el coche y pasamos la mañana por Huelva, de tiendeo por el centro de la ciudad, pequeño pero interesante. Al mediodía decidimos comer en un pueblo cercano, Moguer, donde servían una carne a la brasa deliciosa.

Cuando volvimos al hotel, ya era casi de noche. Pedimos algo para cenar en la habitación mientras nos contábamos algunas anécdotas.

—No me puedo creer que sepas bailar flamenco — dije sorprendida ante su revelación.

—Mi madre es profesora de baile, desde pequeño me obligó. Ya te digo yo que no me gusta nada y los pantalones son muy incómodos — torció el gesto.

—Ya, se te clavan, ¿no? — me reí a carcajadas imaginándomelo así, vestido con eso— Pero no entiendo algo. Tu abuela andaluza, tu madre parece que española de pura cepa. ¿Entonces por qué tu nombre?

—Mi padre era americano. Era militar y mi madre me puso su nombre en su honor.

—¿Murió?

—Sí, en una de las misiones, yo aún no había nacido — dijo triste.

—Lo siento — dije con tristeza.

—No quiero pensar en eso, aunque no lo conocí nunca, duele — tragó saliva —. Supongo que nunca se supera.

Me senté en mis rodillas y le di un gran abrazo. No me gustaba verlo vulnerable, me dolía.

—Gracias por la confianza — le dije al separarme de él.

—Gracias a ti por seguir en mi vida.

Nos quedamos mirándonos y casi sin darnos cuenta ya estábamos besándonos. Fue algo tierno y que en poco tiempo se convirtió en más. Acabé sentada sobre él, con ambas piernas a cada lado de sus caderas e intensificando el beso.

Ninguno de los dos dijo nada mientras comenzábamos a desnudarnos, solo se escuchaban nuestras respiraciones alteradas y el ansia era cada vez más intensa.

Ninguno preguntó, ninguno dijo nada ni cuando lo tuve dentro de mí. Éramos solo manos y labios, solo el deseo.

Cuando acabamos de hacer el amor, permanecimos abrazados y me dormí rápidamente.

El domingo desperté y vi que Peter no seguía en la cama. Por un momento la decepción se apoderó de mí, hasta que vi la pequeña caja que había en la mesita de noche. La abrí y aluciné al ver el colgante de oro y diamantes que me había regalado.

Leí la nota.

*“Gracias por seguir en mi vida.”*

Me emocioné y me levanté con los ojos llenos de lágrimas. Cuando Peter entró con el desayuno, le agradecí el detalle con un beso en los labios pero no quise ahondar más en el tema. Tenía mucho que pensar.

Hicimos el viaje de vuelta diferente, no había tensión en el mal sentido, pero sí sexual. Peter me cogía de vez en cuando la mano y me la apretaba o me daba algún beso cuando parábamos en algún área de servicio para descansar.

Me dejó en la puerta de mi casa, cogió mi cara entre sus manos y me dio un suave beso en los labios.

—Nos veremos pronto — dijo antes de marcharse.

Cuando entré en casa de mis padres, mi madre me preguntó con la mirada y yo le guiñé un ojo, diciéndole: Ya te contaré, pero vi cómo una sonrisa se formaba en sus labios.

Esa noche me costó conciliar el sueño, me levanté a tomar un vaso de leche caliente y me sorprendí al encontrar a mi madre en la cocina.

—No iba a dormirme con la intriga — dijo como si nada.

—¿Sabías que vendría? — pregunté intrigada.

—Te conozco bien. Necesitas la leche antes de dormir si estás muy nerviosa. Y créeme, sé que lo estás. Peter vuelve de verdad a tu vida, ¿no?

—Mamá, tengo un cacao mental...

—Me lo imagino, siempre le das muchas vueltas a todo. Solo dime cómo te sientes.

—Ilusionada. Este hombre no es el mismo que conocí. Todos los días me sorprende con algo nuevo y yo...

—¿Estás enamorada de él?

Así era mi madre, directa a la yugular.

—Mamá, yo tengo mucho que pensar.

—No, hija, tienes mucho que sentir. Cuando entiendas eso, todo será más sencillo.

—A veces creo que eres peor que un jeroglífico. ¿No puedes decir las cosas claras?

—¿Qué gracia tendría entonces? Es tu vida, tú eres la que tiene que vivirla. Si yo te digo lo que

debes hacer... No, cariño, solo haz lo que te haga feliz.

—¿Y si fallo de nuevo? — pregunté preocupada.

—Pues te vuelves a levantar.

Me guiñó un ojo y me dejó en el silencio de la noche, pensando.

Como siempre, tenía razón. Entre Peter y yo no había ninguna promesa, no habíamos hablado de sentimientos, habíamos dejado que la vida fuera decidiendo y nos habíamos acostado juntos.

No sabía qué pensar, ni qué era lo que sentía ni cómo se sentía él o qué esperaba de mí.

A joderse, mi “jefe” volvía a poner todo mi mundo patas arriba.

## Capítulo 7

Me levanté el lunes con un brillo especial, estaba feliz por cómo estaba aconteciendo mi vida, me vestí, me despedí de mi madre no sin antes tomarme un café con ella y me fui directa al diario, sin avisar, sin anestesia, directamente me iba a colar allí.

Cuando me vio entrar la secretaria me miró con cara sorprendida.

—Buenos días, parece que has visto muerto, tranquila que no traigo tacones para lanzar a nadie  
— dije de forma irónica bromeando

—Buenos días Davinia, me alegra verla bien.

Me fui directa a ver a los chicos, cuando me vieron aparecer empezaron a saltar de la alegría y abrazarme

—Antes de que me preguntéis nada, esperadme, voy a ver al Señor Evans, ahora vengo.

Todos afirmaron con la cabeza pero era un poema la cara de ellos, estaban deseando que le contase algo más.

Volví a pasar por delante de la secretaria que me miraba asustada ya que veía que iba directa para el despacho de Peter y no le comentaba que lo avisase, tampoco era capaz de preguntarme, me planté delante de la puerta y toque en ella con los nudillos.

—Adelante — dijo Peter detrás de la puerta.

—¿Se puede? — pregunté asomando la cabeza sin terminar de abrir la puerta.

—Por supuesto, adelante — dijo con cara de felicidad y levantándose para recibirme.

—Gracias, perdona que no haya avisado, pero no me apetecía, quería venir de sorpresa — dije mientras él me besaba en las mejillas y me apretaba contra él para darme un fuerte abrazo

—No tienes porqué avisar Davinia, esta es tu casa y puedes venir cuando quieras pues eres bien recibida.

—Gracias — dije mientras me sentaba en esos cómodos sillones.

—No sabes cuánto me alegra tu visita

—Pues venia a hablar contigo muy seriamente Peter — dije poniendo cara de pena.

—¿Pasó algo? — pregunto preocupado.

—Necesito ocupar mi tiempo libre, me gustaría volver a trabajar aquí, me preguntaba si me podías volver a admitir — dije intentando aguantar la risa.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente...

—Pues en este mismo momento ya estás admitida, así que mañana mismo te incorporas si quieres, me hace muy feliz tu vuelta, ya te pondrán los chicos al día y espero que esta vez trabajar te de felicidad, me encargaré de que te sientas cómoda...

—Tranquilo, con los mosqueteros a mi lado me sentiré cómoda seguro — solté una carcajada

que provocó que él también la soltara.

—No lo dudo, pobre Manuel con ustedes tres...

—Eso es verdad, con lo bueno y noble que es...

—Vamos fuera, te invito a desayunar — dijo levantándose para salir del despacho

—Perfecto, hoy solo tomé café y la verdad es que me muero del hambre — dije tocando mi barriga

Pasamos por delante de la secretaria para ir a coger el ascensor, ella nos miraba asombrada de vernos juntos y sin discutir, le dijimos hasta luego con una sonrisa, al montarme en el ascensor me hizo un gesto con la mirada que entendí que era por la Secretaria que se había quedado un poco loca al vernos salir del despacho y sin discutir.

Nos sentamos en la terraza y me encendí un cigarro mientras él pedía un buen desayuno para los dos, estaba ese día impresionante, aunque siempre se veía impecable.

—Me ha hecho mucha ilusión que quieras volver a mi empresa

—Necesito estar rodeada de personas como los mosqueteros — dije riendo

—Pensé que era por estar a mi lado más tiempo — dijo Peter mientras negaba con la cabeza y ponía los ojos en blanco.

—Por supuesto jefe, siempre a sus órdenes — conteste bromeando

—Luego avisaré a la gestoría para que prepare tu contrato.

—Genial, así que mañana me toca madrugar... — me puse las dos manos en la cara

—Ha sido el mejor fin de semana de mi vida, te lo agradezco Davinia, jamás pensé que volviese a pasar algo entre nosotros — dijo mientras agarraba mi mano para ponerla entre las suyas y acariciarla

—Ya me estás sonrojando...

—Me encanta causar rubor en tus mejillas — dijo mientras me guiñaba el ojo.

—Ahora cuando subamos, estaré un rato con los mosqueteros, de paso les daré la noticia...

—Se van a poner muy contentos.

—¡ Me van a someter a un interrogatorio !

—Lo sé — soltó una preciosa sonrisa de imaginarlo.

—Pobre Manuel, le quedan los primeros días defendiéndome de todas las preguntas a las que me van a someter las dos petardas

—Esta vez creo que te provocará mucha risa...

—Sí, ahora todo es de diferente manera, se respira paz por todos lados — dije mientras recordaba que antes de abandonar el trabajo aquello era un cruce de cuchillos constantes

Después de una hora desayunando nos fuimos hacia las oficinas y quedamos en que cuando terminase de hablar con los chicos pasaría por su despacho.

—Tenéis chica nueva en la oficina y no se llama Farala, se llama Davinia — entre canturreándoles a los mosqueteros

—¿En serio? ¿ Vuelves? — pregunto feliz Manuel

—Siiiiiiiiiiii

—¡Qué gran noticia! — dijo tocando las palmas Natalia.

—Me alegro muchísimo — decía Desirée mientras se levantaba para darme un abrazo.

—Sí que es un notición — intervino Manuel.

—Gracias chicos, necesitaba reanudar mi vida, así que hablado con Peter y me ha cogido de nuevo en la empresa.



—Peter lo ha pasado muy mal, es otro, parece que todo esto que le sucedió, le enseñó a valorar más a las personas y las cosas. — dijo Manuel de nuevo

—Yo también lo noté, lo veo tan diferente... ¡es todo un amor!

—Esto me huele de nuevo enamoramiento — dijo Natalia

—Desde luego que no te enteras de nada, estos nunca dejaron de estarlo— respondió Desirée

—Chicas no empecéis a acribillarla — intervino como siempre Manuel

—Bueno, pues mañana me incorporo, así que vais a tener que empezar a aguantarme de nuevo, portarse bien y no ponerme la cabeza como un bombo el primer día — dije riendo mientras me iba a allí

Llegué al despacho de Peter y me dijo que lo esperara un segundo, que terminaba una cosa y nos íbamos a ir a comer por allí, me hizo gracia ya que hacía poco que habíamos acabado de desayunar aunque eran las 12 de la mañana, pero por supuesto me hizo mucha ilusión que se viniese conmigo.

Fuimos al parking y recogimos su coche, fuimos a una pizzería italiana de mucho lujo, hasta las pizzas eran de alta cocina.

—Este fin de semana ha sido una maravilla, anoche no dejaba de pensar en ello mientras intentaba dormir, Davinia no te imaginas el cambio que ha pegado mi vida desde que has vuelto a aparecer en ella.

—Yo me lo he pasado genial también, reconozco que me ha hecho mucha ilusión lo que ha pasado entre nosotros...

—Estoy dispuesto a ofrecerte...

—Calla, deja que todo fluya por favor, no planifiquemos nada...

—Perfecto, tienes razón. Estoy feliz de tu incorporación a la empresa, a partir de ahora comenzaré a ir con más ilusión si cabe.

—Me alegro Peter que te haga feliz mi vuelta.

En ese momento sonó el teléfono, era el chico que tenía alquilado mi piso de soltera, decidí

alquilarlo al casarme con Óscar, me decía que por traslado de trabajo abandonaría este Jueves la casa, estuve a punto de saltar de alegría, le dije que sin problemas y que no se preocupara que se rompía el contrato y listo.

—¡Me vuelvo a independizar Peter! El inquilino de mi casa la deja ya, a mi madre le va a dar un soponcio porque no quería que yo me fuese de su casa, cuando le diga que vuelvo a la mía, le va a doler mucho, pero me apetece vivir sola, ya es hora de que vuelva a mi rutina, sin tener que depender de nadie. Este fin de semana haré la mudanza, me deja la casa el jueves así que pondré una limpiadora para que me la deje intacta y el viernes me trasladaré allí.

—Me gustaría ayudarte con la mudanza y a instalarte en ella, si no te importa claro...

—Genial, por supuesto que no me importa, el viernes te invito a comer a casa de mi madre y luego hacemos la mudanza, te dejo que me ayudes a instalarme en ella y a colocar todo — dije riendo.

—Pues perfecto, si me dejas quedarme contigo todo el fin de semana, te prometo ayudarte absolutamente en todo — dijo guiñándome el ojo.

—Pues claro que te dejo que te vengas el fin de semana, allí tienes tu casa...

—Pues sí es mi casa, me voy a vivir directamente contigo — dijo sonriendo de forma muy seductora.

—Tampoco corras tanto — dije muerta de risa.

—¡ Tenía que intentarlo! Pero no ha colado...

Tras la comida nos fuimos a tomar café, pasamos la tarde por el centro de Madrid y luego me dejó en mi casa con una sonrisa de oreja a oreja al saber que volvería al día siguiente a su empresa.

Cuando entré en casa me senté en la cocina con mi madre y le conté que el fin de semana volvía independizarme, me abrazó emocionada pues me veía preparada y más levantada del golpe tan bajo que me había hecho pasar Óscar.

—Me gustaría tenerte aquí en casa de por vida conmigo, pero comprendo que necesitas tú espacio, sabes que puedes volver cuando quieras.

—Lo sé mamá — dije abrazándola

—Te brillan los ojos más que nunca, incluso más que cuando te casaste con Óscar, quiero que sepas que ojalá te salga bien, te veo volver a sonreír y de una manera muy especial

—Me siento cómoda a su lado, no quiero ni pensar en un futuro, pero viviendo un momento que no me esperaba, pienso aprovecharlo todo lo que pueda

—Haces bien cariño

Volví a la habitación contenta pues sabía que tenía el apoyo de mi madre, en ese momento recibí un mensaje de Peter dándome las buenas noches y diciéndome que me quería mucho, volví a sacar la mayor de mis sonrisas, me di cuenta que me estaba enamorando de él, en verdad me estaba engañando a mí misma, pues nunca deje de estarlo...

Entré a las oficinas por la mañana con una sonrisa de oreja a oreja, mis compañeros me habían preparado todo el despacho lleno de carteles pegados a las paredes dándome la bienvenida, Peter me había dejado una orquídea sobre la mesa con una nota de bienvenida.

—Cuéntanos que ayer te vimos salir de aquí con Peter y él no volvió más ¿estáis juntos? — pregunto a Natalia

—Joder, qué manera de interrogar a la chiquilla, qué impaciencia, por favor, llegó y ya la estáis acosando — recriminó Manuel.

—No pasa nada, esta vez no habrá secretos entre nosotros, están pasando cosas entre él y yo, no me preguntéis por un futuro pues lo único que quiero es vivir el presente

—Jo, qué bonito lo que has dicho — dijo Manuel

—¡Mi madre!, espero que esta vez salga de verdad bonito y verdadero todo, me temo que la siguiente no volarán tacones, sino cuchillos directamente — bromeo Desirée

—Todo es tan diferente...

—Imagino, se os ve a los dos muy cambiados — dijo Natalia

En ese momento entró Peter, me abrazó delante de los chicos y me dio la bienvenida.

—Tratármela bien por favor — dijo señalando a los mosqueteros.

—No se preocupe jefe, la tenemos mimada — dijo bromeando Natalia antes los ojos asesinos de Manuel.

—Sobretudo mimada, nada más entrar la chiquilla, la han empezado a interrogar — dijo Manuel en plan bromas para vengarse de las chicas.

—Qué lengua más larga tiene — respondió Desirée ante la risa de Peter y mía.

—Aprovechad que está Peter y ahora le podéis preguntar a él — dije para meter cizaña señalando al jefe.

—Eso, preguntadme, que estoy muy generoso — bromeo siguiéndome.

Nos entró un ataque de risa a todos, Peter se fue a su despacho con otro ataque de risa, Natalia y Desirée empezaron a poner verde a Manuel, yo no podía ni hablar de las carcajadas.

La semana pasó rápida, Peter estuvo todos los días atento a mí, cuando salíamos de trabajar me invitaba a comer y luego me dejaba en casa de mis padres.

Ya por fin era viernes, fui a trabajar ilusionada pues sabía que al mediodía me iría con Peter a hacer una mudanza y se pasaría el fin de semana conmigo.

## Capítulo 8

Dejamos las cosas que había recogido en el piso de mis padres y, sin pararnos a ordenar nada, salimos hacia Ikea.

En la tienda llevaba mareado a Peter, encima no paraba de meterse con la mala calidad de esos tipos de muebles.

—Desde luego que se nota que todo lo compra a distancia por Internet, en tiendas pijas, recuerda que todos no somos ricos...

—Bueno, ahora mismo tú tampoco te puedes quejar, tienes una buena suma importante de dinero en el banco.

—Una propina comparado con tu cuenta. Además ahora que se ha ido mi inquilino, me tengo que hacer cargo de la hipoteca todos los meses, estoy pensando en cancelarla con ese dinero, bueno, solo como una parte del dinero ya que me queda de hipoteca unos 40000 €, mi padre me dio una buena cantidad para la entrada.

—Pues haces bien, deberías de cancelarla, me está dando hasta pena, estoy a punto de subirte el sueldo — dijo bromeando.

—Pues sí, no estaría mal que me lo subieras — dije sacándole la lengua.

—¡Gánatelo! —dijo haciendo mueca con sus labios

—Me quedo muerta, ahora resulta que los aumentos de sueldo se pueden ganar teniendo contento al jefe, ¡pues a sus órdenes!

—Así me gusta — dijo guiñando el ojo

—Te haré tanto la pelota, que en 2 meses tendré duplicado mi sueldo — Dije aplaudiendo rápidamente en aquellos pasillos del Ikea

—Más que pelota, para ganar ese sueldo me vas a tener que hacer muchas otras cosas —volvió a guiñar ese dichoso ojo que tan loca me volvía.

—Casi que lo hago sin beneficio....

—Serás ... — rompimos a reír como locos.

Nos cerró la tienda y aún no habíamos pagado la compra. Llegamos a mi casa y, como pudimos, subimos los muebles que habíamos comprado.

—Joder, ya podían tener servicio a domicilio — dije mientras intentaba arrastrar una de las cajas.

—Sí, y te cobrarían el doble. He ahí el negocio.

—Ya, pero mi espalda no sufriría.

—No seas floja.

—Quién fue hablar, el que compra a través de un ordenador y cuando se da cuenta ya se lo tienen colocado y brillante.

—Tú también podrías...

—Sí claro, entonces me duraría el dinero un mes.

—Me refería a otra cosa.. — volvió a guiñar el ojo

—Tú estás fatal, tú estás fatal — dije negando con la cabeza mientras me reía

Acabamos los dos sentados en el sofá, sudando y sin aliento cuando todo estaba metido dentro de la casa.

—Creo que voy a darme una ducha — suspiré.

—Creo que nos la tenemos que dar, sí — suspiró él—. Pediré algo de cenar mientras.

Cogió el móvil y se puso a buscar el teléfono del restaurante y yo entré en la ducha. Suspiré pesadamente cuando el agua caliente cayó sobre mi cuerpo, me dolía todo, al día siguiente iba a tener agujetas hasta en las pestañas.

Estaba tan concentrada en relajarme que cuando me abrazó por detrás, casi me da un infarto. No había escuchado que hubiera entrado en la bañera.

—Tranquila, soy yo — me dio un beso en el hombro y yo me giré entre sus brazos.

—Peter, ¿qué haces aquí?

—Ducharme contigo, hay que ahorrar agua.

—Claro que sí. ¿Tú no tienes vergüenza, verdad?

—¿Contigo? No.

Me besó y me pegó a él, era imposible no notar lo excitado que estaba y yo ya me había puesto igual.

Acabamos gastando más agua de la que hubiéramos usado los dos duchándonos solos, pero no me quejé. Ese era el Peter jugueteón que tanto me gustaba y disfrutaba de cada segundo.

Cenamos, nos tumbamos en el sofá a ver una serie y amanecimos al día siguiente allí, ni los restos de la cena habíamos recogido.

El sábado, después de desayunar, nos pusimos los dos manos a la obra. Teníamos unos cuantos muebles que montar.

—Faltan tornillos o sobran agujeros, aún no lo tengo claro — dijo Peter con los brazos en jarras, de pie frente a mí y mirando enfadado las tablas del mueble bajo que había comprado para el televisor.

—No creo, estas cosas suelen venir perfectas.

—Perfecto sería no tener que montar nada. Pero ya te digo yo que estoy mirando esto y las cuentas no me dan.

Cogí las instrucciones y me puse a mirarlas.

—Yo creo que están bien — dije.

—No, mira — señaló unos agujeros enormes —, para esos no hay tornillos.

—¿Para qué?

—Para estos, Davinia, ¿me estás escuchando?

—Peter, ¿necesitas gafas?

—No. Pero sé contar y faltan 8 tornillos, muy gordos por cierto.

—Aha... Será porque esos agujeros no son para tornillos.

—¿Cómo que no?

—¿Será porque son para las patas, Peter? — me reí de ver su cara — ¿Has montado alguna vez una mesa? — negó con la cabeza — ¿Una estantería? — volvió a negar — Mmmm... ¿Un ábaco en el colegio?

—Davinia, te vas a reír de quien yo sé.

Lo dijo tan serio que hasta yo me sentí mal. Me levanté y le di un beso y un abrazo.

—Perdón — sonreí —. Solo que me hace gracia que el Señor Evans no sepa montar esto.

—El Señor Evans suele pagar para que se lo monten.



—¿Pagando por sexo, Peter? — dije horrorizada por el doble sentido de su frase.

Se me quedó mirando con la ceja enarcada. Ya no pude hablar más, unos segundos después estaba tumbada en el suelo, con él encima y sin poder dejar de besarlo.

—A este paso tardamos un mes en colocar los muebles...

—No me importaría estar aquí un mes contigo — dijo volviendo a guiñar el ojo mientras estaba colocado encima de mí, frotando su miembro en mis partes.

—A mí tampoco — dije casi sin fuerzas.

—Me quedaría contigo toda una vida — dijo mientras se adentraba de una forma tremendamente excitante.

Cuando se marchó el domingo, una sensación extraña se apoderó de mí. Había sido un fin de semana muy especial el que habíamos pasado juntos pero seguía sin haber nada entre nosotros, nada que yo quisiera pensar al menos.

Estábamos disfrutando el momento, como conociéndonos de nuevo y sí, sentía demasiado por él de nuevo. Pero Peter tampoco era claro hablando del tema, así que no tenía ni idea de nada.

Me acosté, echándolo de menos en mi cama. Y antes de cerrar los ojos, me mandó un mensaje.

***“Gracias por seguir en mi vida. Que descanses.”***

Suspiré, a mí también me encantaba tenerlo en la mía.

## Capítulo 9

—Bien Peter, no sé cómo decirte esto... Verás, intenté evitarlo, te lo prometo, pero se me fue de las manos. No, no, entiendo que no quieras, más que nada porque se puede malinterpretar, claro, pero es que ella ya cuenta contigo y yo...

—¿Davinia?

Me giré al escuchar su voz divertida. Estaba en la puerta de su despacho, dándole la espalda, ensayando cómo demonios le iba a decir la locura. Era lunes, y después del fin de semana que habíamos pasado, a ver cómo demonios le decía eso sin que pensara mal. Me había dejado algo de ropa allí y otros detalles sin importancia. Cuando Peter escuchó que iría por eso, se ofreció a acompañarme y yo acepté. ¿Cómo iba a saber lo siguiente?

—Hola, ya es hora de irnos — sonreí todo lo mejor que pude.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie — negué con la cabeza.

—Aha... ¿Y qué tienes que decirme?

—¿A ti? Esto... Verás... Mierda, Peter, no puedes decir que no.

Ahí, con sutileza.

—Vale — rio —, entonces digo que sí.

—¿Sin saber qué es? — pregunté dudosa.

—Tampoco me importa — se encogió de hombros.

—Oh, vale, pues comes con mis padres.

—Con tus padres...

—Sí. Es que le dije que me ayudaste con la mudanza y que hoy recogeríamos lo que faltaba en su casa y ya sabes cómo son las madres, ya ella me sonsacó cual era tu comida favorita y todo y te espera a comer.

—Ah... ¿Y cuál es mi comida favorita? — estaba evitando reírse de mí, normal.

—¿Las lentejas? — pregunté tímidamente.

—Señor.... Las odio — puso cara de asco —. ¿En serio me las tengo que comer?

—Si no quieres quedar mal...

—Davinia, esta me la pagas — se acercó a mí, me echó el brazo por los hombros y salimos de la oficina.

Llegamos a casa de mis padres y quise que la tierra me tragase, lo trataban como si fuera mi próximo

marido o algo peor y yo no sabía cómo disculparme con Peter. Pero lo peor era que él estaba disfrutando de lo lindo con toda aquella situación.

Después de devorar las lentejas y decirle a mi madre que era una de sus comidas favoritas y yo casi lo mato por hacerme creer que las aborrecía, nos despedimos de mis padres.

Me ayudó a subir las cosas. Y ni tiempo tuvimos de respirar, al final acabamos en la cama después de haber hecho el amor. Cuando se marchó volví a entristecerme, me estaba acostumbrando a él y no quería saber qué era lo que sentía de nuevo por mi jefe.

La semana pasó rápido. El martes fue él quien me la jugó y me invitó a casa de su madre para conocerla. Yo iba hecha un flan, Todo eso se nos estaba yendo de las manos.

Pero me sentí allí como en mi casa. La madre era una mujer sencilla, como la mía, la única pega era que ya me trataba como a su futura nuera y yo no sabía si reír, llorar, salir corriendo, negarlo todo o no darle importancia.

Peter parecía muy tranquilo con todo, no negaba nada ni se cortaba en hacerme cualquier demostración de cariño delante de nadie. Y hasta yo disfrutaba ya con el asunto.

Esa noche, sin saber cómo, estaba durmiendo en casa de Peter, abrazada a él mientras miraba a través de la ventana. Me estaba costando separarme de él y me estaba dando miedo. No quería volver a sufrir de nuevo, pero Peter se estaba convirtiendo en todo en mi vida.

Lo que sentía por él ya sabía lo que era y eso me daba un pánico enorme. Él no había hablado de sentimientos y yo tampoco, y no pensaba hacerlo.

—¿Estás bien? — preguntó medio dormido.

—Sí, tranquilo, descansa.

Encendió la luz de la mesita de noche y me hizo mirarlo a los ojos.

—Davinia, te conozco. ¿Qué estás pensando?

—Nada — negué.

—A las 3 de la mañana estás despierta porque es lo más normal del mundo — dijo tras mirar el reloj.

—Solo tenía calor.

—Davinia...

—No es nada, Peter, solo pensaba en todo esto. Ni yo sé qué pensar.

—No deberías pensar tanto — me dio un beso en la cabeza.

—Pareces mi madre — refunfuñé.

—Es una mujer sabia.

—Peter, duérmete — puse los ojos en blanco.

—Si te duermes conmigo. Venga, princesa, que en unas horas nos toca trabajar. No querrás ir con ojeras, ¿verdad?

Me abrazó y me dio un beso antes de volver a decirme que me durmiera. Suspiré y me abracé más a él, empecé a relajarme con sus caricias en mi espalda y me quedé completamente dormida.

Lo que estaba pasando entre Peter y yo de nuevo era más que evidente para todos, sobre todo para los 3 mosqueteros que no se perdían ni un detalle. Así que el miércoles, cuando volvimos a trabajar, de nuevo, juntos, les faltó tiempo para venir a mi mesa.

—¿Cuándo es la boda? — preguntó Natalia.

—Eso se llama tener tacto, sí señor — dijo irónicamente Manuel.

—No sé qué estáis pensando — empecé —, pero...

—Vamos, Davinia, no nos quieras ver las caras de tontos. Es evidente lo que está pasando. Solo hay que ver la cara de tortolitos que tenéis los dos — dijo Desirée.

—Mierda — gemí.

—Mira, si eres feliz esta vez, lucha por él — dijo Natalia.

—Pensé que os caía mal — respondí.

—No, si te hace feliz no puede caernos mal — sonrió Manuel.

—Chica, ese hombre está loco por ti y ahora sí lo está demostrando. No seas tonta y no lo pierdas esta vez — aconsejó Natalia.

—¿Creéis que me quiere? — pregunté insegura.

—Oh, señor... — dijeron a la vez y se marcharon, dejándome allí sola sin responderme a nada.

Me levanté y me acerqué a su despacho, la puerta estaba entre abierta, entré y la cerré con pestillo.

No sabía lo que estaba haciendo, pero quería estar a solas con él, lo necesitaba en ese momento en el que la inseguridad se había apoderado de mí por completo.

Levantó la vista y se apoyó en su sillón.

—Vaya, bonita sorpresa.

—¿Ocupado? — pregunté mientras me acercaba.

—Para ti nunca. ¿En qué puedo ayudarte.

—No lo sé — le dije, me paré a su lado, él giró la silla y yo me coloqué entre sus piernas —. Es estúpido pero te echaba de menos.

—Eso no es estúpido, a mí me pasa lo mismo — me agarró de la cintura para acercarme un poco más.

—No sé qué estamos haciendo, Peter.

—Lo que sentimos. Y yo ahora lo que siento es estar aquí.

—No te entiendo.

—Te quiero en mi cama, ahora.

—A mí también me gustaría estar ahí — reconocí.

—¿Echaste el pestillo? — preguntó con una sonrisa pícaro.

—Sí. Oh, no — negué cuando lo entendí —. Peter, se va a dar cuenta toda la oficina.

—Si gritas como siempre, sí — rio.

—Yo no grito, no inventes. Y no, deja de mirarme así.

—No quiero — su mano bajó, tocó mis piernas por detrás y llegó hasta mi culo —. Uno rápido.

—Estás jugando sucio.

—Tú te lo buscaste.

Media hora después, salí de la oficina sofocada perdida. Me fui al baño y me mojé la cara con agua fría, pero el rubor por lo que acababa de hacer no se me iba.

Salí y me senté tras mi mesa, deseando que nadie me hubiera prestado atención, y parecía ser así hasta que Desirée, un rato después, se acercó y me dijo al oído: Llevas la camisa del revés.

En ese momento quise matar a Peter...

Los siguientes días fueron iguales. No nos separábamos ni un momento de nuestro tiempo libre y

dormíamos juntos, ya fuera en su casa o en la mía. Seguíamos sin hablar de nada serio pero la cosa se nos había ido de las manos hacía mucho tiempo ya y teníamos que empezar a ser claros el uno con el otro.

Estaba llegando a la conclusión de que a veces se toman decisiones equivocadas pero que te llevan a valorar más a otras personas, como este caso a Peter, fue el primero del que me enamoré, estaba predestinado para seguir en mi vida, quizás lo de Óscar vino bien para los dos, para darnos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro y que si la vida nos volvía a dar una oportunidad, teníamos que aprovecharla de la forma más sensata posible.

Una noche recibí una llamada de Marcela, se desahogó bruscamente ya que decía que mi boda con Óscar para ella nunca fue real, nunca llego a sentir ni a creerse esa historia, ahora esperaba que esta decisión cambiase mi vida, en el fondo ella siempre deseó que viviese esta historia de amor con Peter hasta el final, mi otra decisión la rechazó por completo, aunque la respetó.



# Capítulo 10

Habían transcurrido ya unos meses desde que me incorporé de nuevo al periódico. Peter y yo queríamos vivir el momento, vivir el amor desde la intensidad, sin preocuparnos de más cosas, porque los dos temíamos el futuro, su incertidumbre, sus riesgos, su azar.

Habíamos llegado a la conclusión de que un instante pleno de amor valía más que toda una vida a expensas de un compromiso.

Quería que la felicidad fuese eso. Un instante, un instante cada día, sin más. Vivirlo todo desde el presente.

No sé si era pedirle mucho al destino.

Estaba claro que Peter era otro hombre, el que yo quería para mí, para mi felicidad.

A veces Peter y yo nos encerrábamos en su despacho y nos besábamos un largo rato, sin más, sintiendo en nuestras bocas ese mar de peces que se movían nerviosos y excitados.

Luego Peter se apartaba y, sin dejar de mirarme a los ojos, hablábamos sobre nuestros sentimientos y entonces yo comprobaba que era un hombre sensible, nada que ver con aquel jefe de personalidad cambiante que me humilló repetidamente.

No. Ya no era ese hombre. Actuábamos como dos adolescentes. Me gustaba que me hablara después de esos largos besos a escondidas.

—No me lo creo, Davinia.

—¿Qué no te crees, Peter?

—Que estés aquí conmigo.

—Créetelo. Mírame. Soy yo. No soy una ficción.

—¿Sabes una cosa? — preguntó enigmático.

—Miedo me das cuando te pones así.

—¿Cómo me pongo?

—Pues. No sé... tan poético y tan profundo —intentaba sacarle una sonrisa de complicidad, con picardía.

—Es verdad. No puedo evitar ponerme así cuando te tengo entre mis brazos. Me gusta.

—Y a mí también, Peter. Estoy deseando saberlo. ¿Qué debo saber?

—He soñado con este momento, Davinia.

—Eso se llama *déjà vu*, Peter.

—¿Qué quieres decir? — preguntó extrañado.

—Nuestra memoria construye recuerdos nuevos con otros y parece que lo que vivimos ahora ya lo hemos vivido tiempo atrás o en otra vida — expliqué con voz dulce con intención de que me besara de nuevo.

—No lo sabía. Pues Davinia, eres mi *déjà vu*.

Escenas como estas se repetían a lo largo de la semana y yo sentía que mi corazón estaba ligado a aquel hombre y que el suyo también lo estaba, y que, cuando hacíamos el amor, no éramos dos amantes, ni dos cuerpos, ni dos sombras, sino un mismo ser que se entregaba a ese instante de felicidad sin temor a lo que pudiera suceder mañana.

Habíamos decidido vivir en su casa de forma permanente, pero yo conservaba la mía porque no quería arriesgar a perder mi independencia en caso de que las cosas no fuesen bien.

En el trabajo, me ocupaba de las mismas funciones que había tenido en mi primer contrato. No quería despegarme de mis amigos, de aquella que era y siempre había sido mi familia. Manuel era el que estaba más feliz y era raro el día que no me lo decía. Una vez a la semana intentábamos quedarnos los dos a solas en la cafetería. Cuando hablaba con él, sentía que me vaciaba, que cualquier pensamiento sombrío que ocupara mi cabeza se esfumaba:

—¿Sabes por qué te miro tanto, Davinia?

—Lo sé, Manuel. No me molesta. Gracias a ti por estar siempre a mi lado.

—Yo también he sufrido mucho por tu estado de ánimo a lo largo de este tiempo. He sufrido como han sufrido las chicas.

—Es mejor no recordar nada de aquello.

—También te digo una cosa, Davinia.

—Nos reímos mucho también. ¿Te acuerdas de los ramos de flores?

—Menudo gilipollas. Vaya un hijo de ...

—No. No me gusta que te pongas así. Bromeaba, Davinia —decía Manuel con voz dulce.

Pero era cierto que, de vez en cuando a mi compañero le gustaba recordar aquellos tiempos por una razón; para que yo me diera cuenta de la suerte que tenía ahora.

Ahora yo disfrutaba de mi trabajo plenamente y Peter, el Sr. Evans, estaba demostrando que era un gestor sobresaliente. Volvimos a buscar clientes en el extranjero y ya conocíamos todas las estrategias para convencerlos de nuestros proyectos. Preparábamos juntos las formas de interaccionar para que las reuniones fueran exitosas.

Se me había propuesto promocionar dentro del periódico, pero yo no quise porque estaba cómoda con Manuel, Naty y Desirée. Me sentía realizada y no quería notoriedad. Al igual que Peter, me había propuesto llevar a cabo esa máxima: *carpe diem* o disfruta el momento.

Algunas tardes Desirée, Naty y yo mandábamos a Manuel a comprar material de oficina y nosotras nos poníamos a cotillear sobre noticias de revistas del corazón o de rumores que circulaban por la oficina. Naty y Desirée insistían en que querían ser damas de honor en mi boda y la misma conversación se repetía semana tras semana:

—¿Dónde vais a celebrar la boda, Davinia? — preguntaba Naty sarcásticamente.

—No insistas. No voy a casarme — repetía yo con aire cansino.

—Natalia, no se casan. Están demasiado enamorados para hacer una cosa así — intervenía

Desirée buscando también el sentido cómico a las cosas.

—Mirad. Peter y yo no vamos a casarnos. Estamos viviendo cada día como si fuese el último.

—No te creo, Davinia. Deja de decir tonterías de comedias románticas de medio pelo — sentenciaba Natalia mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué haces? ¿Por qué me miras así? — le preguntaba yo.

—¿No sabes que soy bruja? Puedo leer a través de tus ojos — ironizaba Natalia sin apartar su mirada de la mía.

—Bruja, bruja, ... ¡Calla! Con Alexia ya tuvimos bastante — sentenciaba Desirée muerta de risa.

Así transcurrían mis días en el trabajo y al lado de Peter, pues había encontrado en la sencillez de la rutina mi forma de ser feliz y, sobre todo, en ese hombre que aparecía ante mí como un hombre soñado. Y no puedo dejar de escribir que, cuando lo veía por el pasillo, sentía un maravilloso temblor en mi cuerpo y un pensamiento mágico aparecía en mi cabeza. Peter, el Sr. Evans, es la realidad de un sueño que alguna vez tuve y que no recuerdo.

Pero tengo aún la certeza de que era así. Peter era un sueño hecho hombre.

Recordaré siempre aquella noche en que me invitó a cenar a las afueras, en un restaurante hindú. Me encantaba la cocina oriental y los platos con curry y toda clase de especias me fascinaban. Hablamos un rato del trabajo. Estaba contento porque el periódico había aumentando sus ingresos en publicidad. Empresas de transportes y ascensores habían invertido grandes sumas de dinero por promocionarse.

Después de servirnos el café, Peter, con voz temblorosa, comenzó a hablar.

—Davinia, sabes que te he dicho muchas veces cuánto significas para mí.

—Lo sé, Peter. Lo sé — repetí en voz baja, como si me avergonzara que dijera eso.

—Sabes también que no ha sido nada fácil por todo lo que hemos pasado.

—Es verdad. Hemos sufrido mucho — dije con timidez.

—Tú has sufrido más que yo y quiero compensarte.

—Ya lo has hecho, Peter. Estamos juntos. Con eso me basta.

—No es suficiente. No lo es.

—Me asustas cuando te pones así de misterioso, Peter.

—No temas, Davinia. Si me pongo así, es porque va a suceder algo bueno.

—Estoy impaciente. Suéltalo ya — dije yo con voz de niña.

—Sé que es muy precipitado hablar de boda. Sé que lo importante es que vivamos cada instante como si fuese el último. Pero quiero que aceptes este obsequio como muestra de mi fidelidad a ti.

—No tenías que haberlo hecho, Peter. Por favor.

Empujó suavemente con los dedos de su mano derecha un pequeño paquete envuelto en papel de regalo que yo abrí despacio, muy despacio, pues me había propuesto que aquel instante tan importante para mí, para los dos, resistiese al olvido.

Cuando me deshice del papel brillante, abrí la cajita y dentro había un anillo al que se le había engarzado una gema. Yo estaba alucinada. No daba crédito. Podía esperarme algo así de Peter, pero, hasta que no se hace realidad, no te das cuenta del valor que significa ese símbolo.

—¿Te gusta, Davinia?

—Sí, me gusta mucho. Esa gema que brilla eres tú, aunque suene cursi.

—Sí que suena cursi, sí — dije yo intentando quitarle seriedad al momento que me estaba superando.

—Tengo que contarte una cosa — dijo misteriosamente.

—Madre mía. No puedo con ese suspense que transmites en algunas frases, Peter.

—Davinia, tu nombre proviene del nombre italiano Lavinia.

—Lo sé, Peter.

—Déjame que acabe, por favor —suplicó con un susurro.

—Lavinia era hija del rey Italo y se enamoró de Néstor que era hijo de un rey griego. En tu nombre se revela lo que ha sido nuestra relación. Los obstáculos que has superado te han conducido hasta mí. Fui un tonto al no ver con claridad esas señales y tus esfuerzos.

—No seas tonto, Peter. No podemos seguir atados a nuestros errores. Me gusta que seas mi Néstor y que me hayan desterrado. Me gusta.

Notamos que otros comensales nos miraban fijamente, pues habían reconocido una declaración de amor profundo en nuestros gestos y en aquella alianza que ahora brillaba en mi anular.

—¿Y el acuerdo prenupcial? — pregunté de repente, me miró extrañado, no se lo esperaba.

—No te entiendo, pero firmamos lo que sea.

—Es que a ver, Peter, yo al menos quiero mínimo otros cien mil euros si me da por divorciarme de ti.

—¿Aún no nos casamos y ya te quieres divorciar? — preguntó con los ojos abiertos como platos— Vale, dime qué está pasando aquí, estoy asustado.

—Verás, no es que yo piense en un divorcio, ni mucho menos. Pero si hay que pensar, pues se piensa. Y claro, ponte que vuelves a convertirte en el jefe cabrón y yo no te soporto y te mando a la mierda, al menos quiero la cartilla del banco bien repleta. Es lo justo, ¿no?

—Davinia, no voy a permitir que te separes.

—Bueno, eso dices ahora, aún te toca aguantarme como soy realmente, no soy esa niña dulce que crees.

—Creo que más bien eres una mezcla de cianuro con azúcar — sonrió —. A estas alturas ya no me sorprendes.

—¿Pero accedes a los cien mil euros mínimos? — pregunté impaciente.

—Si es lo que necesitas para que nos casemos, lo que quieras — contestó tan serio que casi termino la broma allí, pero yo era bastante retorcida.

—Guay. Y quiero por escrito que me cedas los derechos de nuestra historia.

Se atragantó con el café, el pobre se llenó la camisa y todo mientras tosía y escupía leche.

—¿De qué demonios estás hablando?

—A ver, Peter, piensa una cosa. Nuestra historia no es normal, ¿verdad?

—La verdad es que no — torció la boca.

—Pues imagina que con todas las vueltas que hemos dado para llegar hasta aquí, que ya te digo yo que ni el mejor guionista del mundo hubiera hecho todo esto tan enrevesado, la liamos, nos divorciamos, o se descubre que yo me casé contigo por tu dinero y... ¡yo qué sé! Escriben nuestra historia y la llevan al cine — terminé con voz emocionada.

—Al cine... — sonrió.

—No sé, o una novela o algo. Pero quiero todos los derechos — lo señalé con el dedo.

—¿Davinia?

—¿Sí?

—Yo también te adoro.

Sonrió y me dio un beso en los labios, riendo después por la cantidad de panfarradas que yo era capaz de decir. Terminamos el café y nos fuimos a casa.

La felicidad era eso. Hicimos el amor con pasión, con dulzura, sintiendo que la sangre, caliente y potente, recorría nuestros cuerpos al rozarse, al acariciarse. Al fundirse en ese solo ser que se enfrentaba al tiempo.

Peter cayó rendido sobre mi torso y yo lo besé en la frente. Me miró con ternura y, después de hacerse a un lado, me dijo.

—Te quiero, Davinia.

—Yo te diré otra cosa, Peter.

—¿Qué? —preguntó entregado al abrazo de la oscuridad.

—Te sueño.

—“Te sueño” me gusta más que un “te quiero”, Davinia.

—Voy a dormir y a encontrarte allá donde estés.

—Duermo yo también y así te busco.

Y así hicimos. Cerramos los ojos y el silencio fue otro cuerpo que, entre nosotros, quiso alejarnos del desafecto y del rencor.



# *Agradecimientos.*

Cuando escribimos esta “trilogía”, no pudimos imaginar la respuesta del público. Así que aquí está el desenlace de esas tres partes que tantas alegrías nos están dando. La “tetralogía” termina, muchas gracias, hacéis que nuestros sueños se conviertan en realidad una vez más.

Esto es por y para vosotros.

**Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.**